

ANUARIO DE PSICOLOGÍA
Núm. 59 - 1993 (4)

LAS DISCIPLINAS DEL DISCURSO:
HERMENÉUTICA, SEMIÓTICA
Y ANÁLISIS TEXTUAL

MANUEL VILLEGAS

Las disciplinas del discurso: hermenéutica, semiótica y análisis textual

Manuel Villegas
Universidad de Barcelona

En este artículo se aborda el análisis del discurso desde una perspectiva semiótica y hermenéutica y se desarrolla una metodología para su análisis basada en la lingüística textual. Para ello se consideran los procesos de producción y comprensión de los textos y se especifican con abundantes ejemplos los procedimientos de análisis textual. Se apuntan igualmente distintas aplicaciones del método de análisis textual en el ámbito de la psicología clínica y de las ciencias humanas y sociales en general.

Palabras clave: Semiótica, hermenéutica, discurso, texto y contexto, análisis textual, coherencia, macro y microestructuras.

In this article discourse analysis is tackled from a semiotic and hermeneutic perspective and procedures for its analysis based in textual linguistics are developed. Processes of production and comprehension of texts and methodology of textual analysis are explained by means of several examples. Finally different applications of the method of textual analysis to clinical psychology and human and social sciences are also considered.

Key words: Semiotics, Hermeneutics, Discourse, Text and Context, Textual Analysis, Coherence, Macro and Microstructures.

Introducción

¿Qué se entiende por discurso?

La noción más ampliamente difundida en el uso coloquial de la lengua relaciona discurso con una modalidad retórica del lenguaje. Así hablamos de «discurso de investidura», «discurso de bienvenida», «discurso inaugural», etc., según los distintos contextos sociales en los que se produce. Discurso equivale en esta acepción a un texto regido por las leyes de la oratoria, que implica general-

mente un emisor especialmente cualificado y un destinatario específico. Tales discursos se caracterizan igualmente por la unidad temática y las circunstancias en los que se producen. Entendido en su acepción más habitual, el discurso tiene pues una dimensión unidireccional o monológica. Alguien que habla de una forma especialmente privilegiada a un auditorio que escucha pasivamente o como mucho expresa su adhesión o rechazo de forma ruidosa e inarticulada —aplausos, silbidos, griterío, etc.—. Una larga tradición en el campo de las ciencias de la comunicación, de la sociología y de la psicología social ha prestado especial atención al *análisis de contenido* de los discursos públicos (Berelson, 1971; Holsti, 1969; Krippendorf, 1980; Rosengren, 1981) que más tarde se ha extendido a otros campos de estudio, entre ellos la psicología (Behar, 1991). Esta tradición, sin embargo, sigue procedimientos fundamentalmente cuantitativos y no criterios lingüísticos, a pesar de los enfoques semánticos que se han desarrollado (Villegas, 1991), razón por la cual el *análisis de contenido* no se puede considerar con propiedad una metodología de análisis del discurso, sino, acaso, de los discursos.

En el ámbito más restringido de la lingüística, y particularmente en el de la pragmalingüística y de la sociolingüística, *discurso* significa todo lo contrario al monólogo retórico, a saber: diálogo o conversación, lo que supone, por lo general, dos o a lo sumo unos pocos interlocutores que participan activamente en un intercambio comunicativo. Las características lingüísticas del discurso, entendido como diálogo o conversación, son, como veremos, parcialmente distintas a las del monólogo en la acepción anterior. Aquí el rol de emisor y el de destinatario sufren alternancias sistemáticas, a través del turno de palabra y la cooperación activa en la construcción del discurso; de modo que, aunque el *contenido* de los mensajes pudiera ser idéntico en una pieza oratoria y en un diálogo —piénsese por ejemplo en los diálogos de Sócrates y Platón— el *proceso* de construcción es específicamente diverso. Para algunos, especialmente los etnometodólogos, sociólogos y psicólogos sociales de orientación interaccionista anglosajona (Maingueneau, 1987; Moeschler, 1990; Moerman, 1988; Watson y Seiler, 1992), estas características justifican una disciplina específica que se ha denominado *análisis de la conversación* (Kerbrat-Orecchioni, 1989; Gülich, 1990), entendido como análisis del método que emplean los interlocutores para llevar a cabo las interacciones comunicativas cara a cara (Nofsinger, 1991). Este *análisis de la conversación*, sin embargo, no debe confundirse con el *análisis del discurso* (Moerman, 1992), que no se centra en las estrategias de interacción social, presentes en los intercambios dialógicos, sino en su estructuración lingüístico-semántica.

Discurso, finalmente, tiene una tercera acepción en la que se relaciona el lenguaje con el pensar, el *discurrir*, entendiendo el discurso como *producto del proceso del pensar*, lugar donde se plantea la famosa polémica relativa a la primacía del pensamiento sobre el lenguaje y a la inversa (Vygotski, 1932, 1934; Piaget 1926). Las definiciones clásicas de diccionario recogen básicamente esta acepción a propósito de *discurso*: «Serie de palabras o frases empleadas para manifestar lo que se piensa o siente» (Casares, 1985, p. 300). El discurso, como *expresión del pensar*, remite inevitablemente a la *semiótica* y a la *hermenéutica*, en cuanto

sujeto emisor —autor del mensaje— y uno o más sujetos destinatarios —auditorio, interlocutor, lector, etc.— que se convierten en intérpretes del mensaje y que por el simple hecho de su existencia cooperan a su construcción. En esta acepción no se hace mención explícita de las características del receptor, puesto que éste puede ser real o imaginario —el auditor fantástico (Sullivan, 1953) o el lector ideal o modelo (Eco, 1990), o el propio autor, en tanto que destinatario de sí mismo—. Tampoco se implican para nada la estructura formal del discurso, monológica o dialógica, ni la naturaleza material o física del mensaje, que puede ser oral, escrita o incluso subverbal, como en el monólogo interno.

La *expresión discursiva* se puede considerar, desde el punto de vista de su construcción, como un producto ideológico o *formación discursiva* de carácter *nomotético* o *idiográfico*. Así nos podemos referir a un discurso, como representativo de la forma de pensar de un colectivo específico —discurso feminista, marxista, ecologista, anoréxico, etc.— o, desde una perspectiva más restrictiva, a la de un sólo individuo, personal o impersonal —el autor, el legislador, etc.— La primera perspectiva ha interesado ya desde sus inicios a la antropología (Thomas y Zanniecki, 1918-1920), y más recientemente a las ciencias sociales (Gergen, 1982), siendo objeto del llamado *análisis crítico del discurso* (Van Dijk, 1993); mientras que la segunda ha caracterizado ya desde muy antiguo a diversas disciplinas —jurídicas o literarias, entre otras— requiriéndose para cada caso *hermenéuticas* especializadas.

Ambas perspectivas tienen particular relevancia para la psicología y, más en concreto, para la *psicología clínica*. La perspectiva nomotética en el análisis del discurso puede aportar valiosos conocimientos sobre determinados fenómenos clínicos, como el *discurso anoréxico* (Villegas, 1988; 1992b). El análisis del discurso se está llevando a cabo también en el ámbito de la *psicología de la salud* con trasplantados de riñón u otros órganos, enfermos afectados del SIDA, etc. Éstos son ejemplos de aplicaciones prácticas ya en acto, cuyo alcance puede sin duda extenderse todavía mucho más. En este tipo de investigaciones se combina lo *idiográfico* —se parte de textos individuales— y lo *nomotético*, se buscan aspectos comunes característicos de los distintos grupos o poblaciones estudiadas. En otros casos predomina el interés *idiográfico*, la consideración del discurso como metonimia del sujeto (Castilla del Pino, 1993). Así la tradición iniciada por Allport (1942, 1965) de utilizar los documentos personales en la investigación psicológica —autobiografías, memorias, epistolarios, diarios, historias de vida, etc.— ha producido abundantes desarrollos metodológicos (Ruiz e Ispizua, 1989; Villegas, Feixas, López, 1987; Behar y Villegas, 1990; Villegas y Behar, 1992; Feixas y Villegas, 1991).

Desde el punto de vista del *formato*, la *expresión discursiva* se puede considerar como reflejo de una competencia discursiva, característica de los discursos bien formados, y que en el ámbito de la psicología clínica ha sido estudiada extensamente en relación a las características del discurso esquizofrénico (Belinchón, 1991; Castilla del Pino, 1988, 1993; Chaika, 1990; Obiols, 1991; Laguna, 1993; Moya, 1990; Rochester y Martín, 1979; Villegas, 1985; Wrobel, 1990), don-

de los trastornos del pensamiento o del pensamiento delirante (Sarró, 1931).

Pero lo que nos interesa en este artículo no es todavía el ámbito de aplicación, sino la metodología de trabajo con la que aproximarnos al análisis del discurso. Si entendemos por discurso la manifestación del pensar, la comunicación de una intención a otros (Austin, 1962) de una forma directa o inmediata a través de intercambios interactivos —conversación— o de una forma indirecta y mediada a través de textos escritos o de mensajes orales audio-vídeo-grabados, la cuestión que se plantea es la del acceso a la matriz intencional generadora del discurso, que es la única que garantiza, en último término, su comprensión. Tanto el proceso de producción como de comprensión del discurso implican la referencia a estructuras de conocimiento gramaticales y extragramaticales que se sitúan en la «interfaz entre la actividad cognitiva inteligente y la actividad lingüística, propiamente dicha» (Belinchón, 1992). Esta doble dimensión del discurso, cognitiva y lingüística o psicolingüística, donde se combina el procesamiento semántico-pragmático con el gramatical, evidencia la duplicidad de niveles en que se realiza. Así podemos hablar de una estructura profunda inobservable, a la que sólo se tiene acceso mediante inferencia, y una estructura superficial observable, a la que se accede a través del análisis de su actualización lingüística. Para la primera reservaremos el nombre de discurso, mientras que nos referiremos a la segunda con el nombre de texto.

Texto y discurso

En el uso coloquial se reserva el término de discurso para las unidades mayores de lenguaje de producción oral y el de texto para las de producción escrita (Rivière, 1992). En el ámbito más especializado de la lingüística textual, muchos autores, alemanes u holandeses, poseen una sola palabra —*Text*— para referirse a ambos, mientras que otros confunden sistemáticamente texto y discurso, usándolos alternativamente como sinónimos (Kristeva, 1969; Lozano y otros, 1986; Mayor 1991). En este artículo establecemos una distinción neta entre ambos, texto y discurso, por razones teóricas y prácticas, que se irán exponiendo gradualmente. El *discurso* da cuenta más bien de la relación entre las intenciones del emisor (*destinador*) —hablante o escritor— y las del receptor (*destinatario*) —oyente o lector—, implica los procesos correlativos de producción y comprensión y es objeto de una hermenéutica interpretativa. El *texto*, por el contrario, remite a la emisión misma, el mensaje, en cuanto producto sensible —oral o escrito— y se convierte en objeto del análisis textual. Lo que da vida al texto es la *dinámica* discursiva que ponen en juego tanto el autor en el proceso de su *producción*, como el destinatario en el de su *interpretación*. En esta dinámica el texto deja de ser un producto estático para convertirse en el lugar donde se entrecruzan las acciones negociadoras de destinador y destinatario. En la Figura 1 representamos esta interacción negociadora, sustituyendo los términos clásicos de *emisor*, *mensaje*

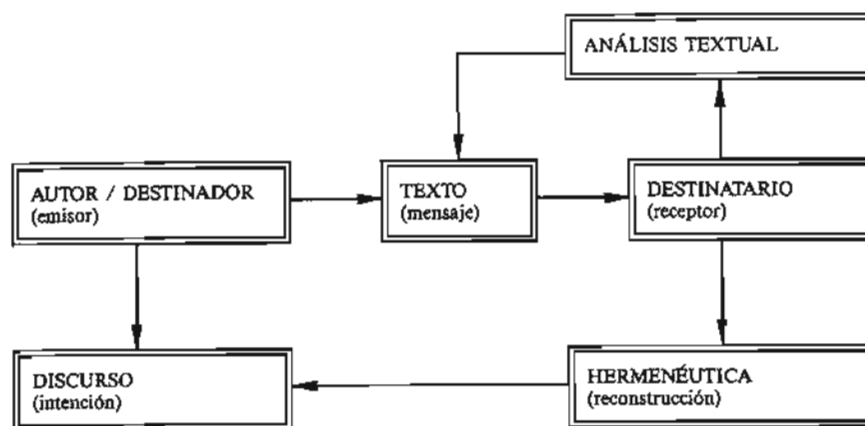


Figura 1. Diagrama de la interacción comunicativa y del proceso de interpretación.

Autor/destinador —emisor— y lector o auditor —destinatario— intercambian entre sí sus intenciones a través del texto, que se convierte en el objeto *transaccional* de la comunicación (Brown y Yule, 1983). No hay otra mediación posible, dado que la comunicación directa —no mediada, al estilo de la *contemplatio divina* de los teólogos medievales— no existe entre los humanos. Incluso la *intuición* se basa en la lectura sintética de señales, producidas tal vez no voluntariamente por el emisor. Cualquier tipo de comunicación implica, pues, una actuación *signica* —producto semiótico— a la que llamamos *texto*, cuyo análisis permite la reconstrucción de la matriz discursiva que lo genera. Todo texto, a su vez, remite necesariamente a un sujeto productor, que lo elabora teniendo en cuenta la presencia/ausencia del destinatario y sus características específicas como receptor, al cual incorpora como colaborador o cooperador en el proceso de producción del texto. La presencia del receptor viene garantizada por la relación con un destinatario concreto o ideal —el lector modelo—, que determina el éxito o fracaso del acto comunicativo.

Esta relación constituye también el *contexto* pragmático y el de producción. Estos contextos no suelen estar presentes en el texto o lo están de forma únicamente inferencial, de modo que sólo son inteligibles en referencia a la intención comunicativa o a la situación interactiva e influyen en su elaboración, como se verá, más adelante, en la consideración de los procesos de producción del discurso. Tampoco aparecen en el texto las *referencias extratextuales* que están en la mente de los hablantes y que forman parte, en cambio, del discurso. Tales referencias podrían ser actualizadas o no textualmente, dependiendo de la información que se considera *relevante*. La valoración de lo que se considera *re-*

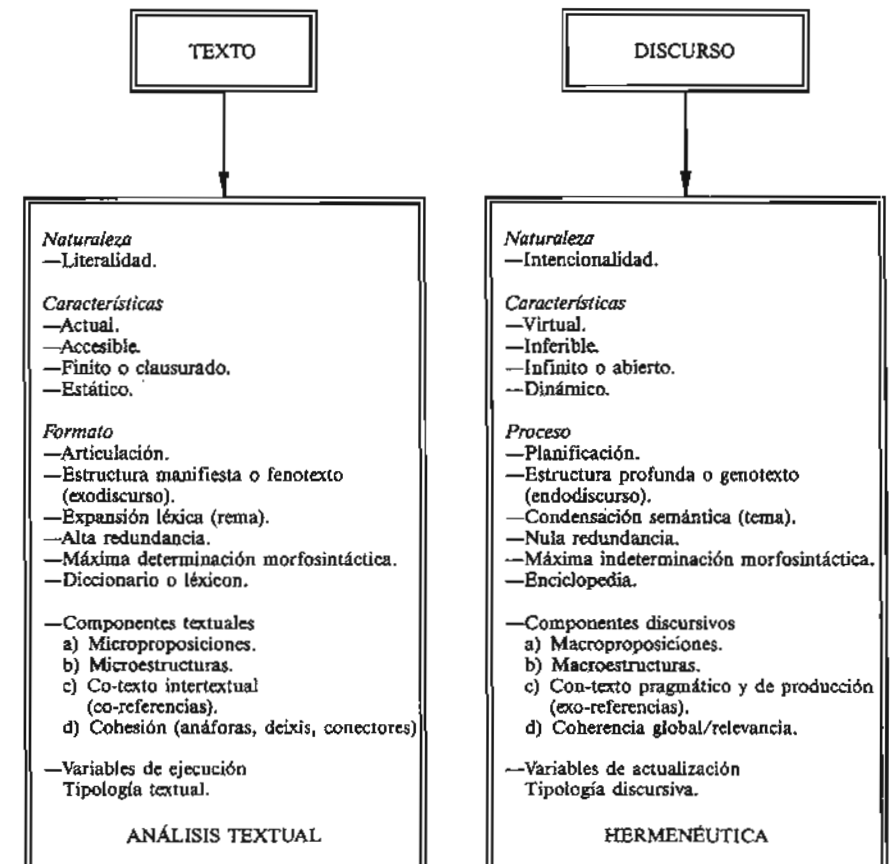
Belinchón, 1991, Belinchón y otros., 1992; Villegas, 1985)— fracasan con frecuencia los esquizofrénicos.

Así, pues, texto y discurso no pueden ser utilizados como sinónimos. En primer lugar porque todo texto remite a un discurso, mientras que no todo discurso se actualiza en un texto. El discurso, en efecto, no siempre adquiere una forma externa u observable —como en el monólogo interno—, ni siempre encuentra las circunstancias favorables a su producción, o ésta puede verse interrumpida por la falta de colaboración del destinatario. El discurso, en consecuencia, preexiste y trasciende al texto, en cuanto éste no es más que una de las infinitas actualizaciones posibles de aquél. En segundo lugar texto y discurso tienen una consideración lingüística diferenciada. El discurso, en efecto, está libre de la sujeción a las reglas del sistema lingüístico: se reduce a la organización macroestructural y se condensa en una síntesis macroproposicional. Recoge, en cierta manera, características del lenguaje interior, predominantemente predicativo y agramatical, como decía Vygotski (1934), pero no equivale exactamente a un monólogo interno, como los que ofrece la literatura (Siguan, 1985), los cuales, aunque no cumplan todas las condiciones de los textos bien formados, tienen ya una entidad textual. El texto, por su parte, se expande a través de microestructuras y de realizaciones microproposicionales gramaticalmente condicionadas, abunda en redundancias, que desarrollan el tema o tópico del discurso, y se regula en su construcción por el uso de conectores de distinta índole que establecen relaciones funcionales de coordinación o subordinación, así como por marcadores morfosintácticos de concordancia.

Esta distinción entre texto y discurso se asemeja a la que establece Belinchón (1992, pp. 633-634) que entiende por discurso un «conjunto de representaciones —semánticas, pragmáticas y gramaticales— y de procesos —cognitivos y lingüísticos—, que subyacen a la planificación y emisión de series coordinadas de enunciados lingüísticos o textos con propósitos comunicativos, en un contexto conversacional». La referencia a las representaciones semántico-pragmáticas y a los procesos implicados en la producción como contrapuestos al producto resultante caracteriza, a nuestro entender, la distinción entre discurso y texto. Lo que no es necesario, de ningún modo, es postular para las actuaciones de discurso y texto un ámbito de conversación. Ésta no es más que un tipo de texto, caracterizado por su naturaleza dialógica, producto de una situación de interacción o *intercambio comunicativo* (Edmonson, 1981; Werth, 1981). Sí conviene subrayar, en cambio, la naturaleza semiótica de todo texto (Lozano, y otros, 1986), en la medida en que dice necesariamente relación a algún destinatario real o ideal que lo interprete y colabore de esta manera a su producción. El siguiente gráfico ayuda a resumir algunas características formales que diferencian, oponiéndolos, texto y discurso, dejando para más adelante la consideración de aspectos de tipo procesual que afectan a los procesos de producción y comprensión discursivos (Figura 2).

A pesar de las diferencias indicadas, la relación entre texto y discurso puede ser descrita como intrínsecamente conflictiva y de colaboración al mismo tiempo.

tica —que casi podríamos denominar de amor y odio, características de las relaciones entre el autor literario y su obra— entre texto y discurso, en la medida que el primero actualiza al segundo, pero nunca completamente. La insatisfacción permanente que produce la operación de transformación del pensamiento preverbal en un producto textual articulado y manifiesto lleva a plantear la naturaleza de los caminos que sigue el discurso como pensamiento hasta convertirse en palabra. Estos caminos tienen que ver con los conocimientos declarativos y procesales que se presupone deben poseer tanto el emisor como el receptor de los mensajes textuales y constituyen las condiciones bajo las que se realiza su producción y comprensión.



Condiciones de producción y comprensión de los textos

La gestación de cualquier expresión textual (Figura 3) tiene su origen en la experiencia inmediata o remota (1). La representación mental del significado de la experiencia configura la matriz intencional (2) del sujeto, la cual se convierte en el núcleo o eje vertebrador del discurso. Bastará cualquier pretexto (3), acontecimiento o circunstancias activantes internas o externas, para que éste se exprese en una actualización textual (4) virtualmente comunicativa.

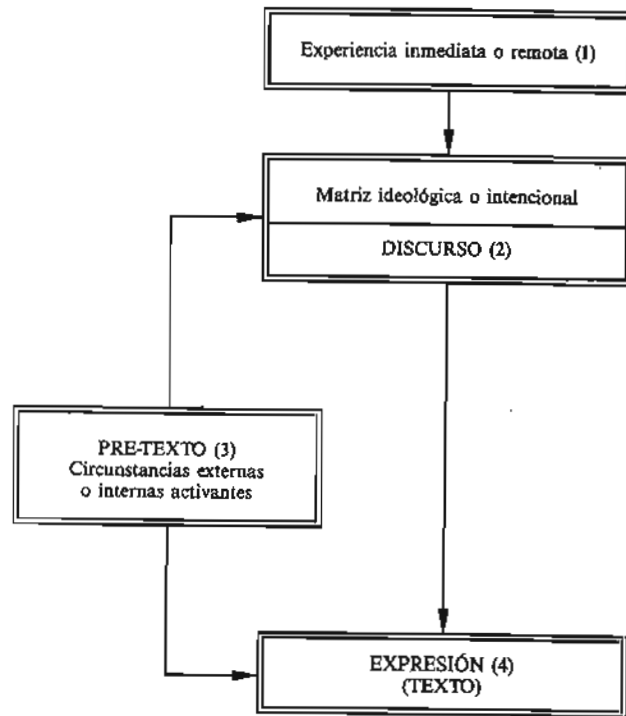


Figura 3. Condiciones de producción expresiva.

En todo acto comunicativo se ponen en juego dos procesos paralelos y complementarios, aunque no idénticos, como son el de *producción* y el de *comprensión* del discurso. La consideración esquemática de cada uno de ellos puede avu-

a) El proceso de producción

Producir un texto o mensaje es, como se ha dicho, actualizar expresivamente el mundo de experiencias y representaciones que constiuyen la matriz ideológica o discursiva de la persona. Como dice Levelt (1989) el primer objetivo del habla es comunicar una cierta intención; pero para hacer esto se deben realizar diversas operaciones, cuya secuenciación integrada constituye el proceso por el que se pasa de la intención discursiva a la articulación textual. Los modelos de producción presentan generalmente una secuencia tripartita. Una síntesis comparativa de los principales modelos puede verse en Torras (1992) (Figura 4).

Anderson	Clark y Clark	Levelt	Torras
Construcción	Planificación	Conceptualización	Planificación
Transformación	Articulación	Formulación	Codificación
Ejecución	Motorización	Articulación	Articulación

Figura 4. Modelos de producción del discurso.

Otros autores han desarrollado modelos que conjugan simultáneamente la perspectiva psicolingüística de orientación discursiva o textual y la cognitiva del procesamiento de la información. El modelo resultante presenta la producción del lenguaje o discurso como una tarea compleja de transformación de representaciones macroestructurales semánticas, pragmáticas y textuales en representaciones microestructurales, morfoléxicas y fonológicas. La Figura 5 constituye una síntesis y adaptación de los planteamientos de la lingüística textual, con la incorporación de aspectos de la psicología cognitiva que hacen referencia al procesamiento del lenguaje. El esquema sigue básicamente las propuestas de Van Dijk (1980) y recupera aportaciones de otros autores ya citados, como Levelt (1989), Petöfi (1975) y De Beaugrande (1980). La reconstrucción gráfica de estos modelos propuesta por Belinchón (1992) nos ha sido también muy útil para el diseño de la Figura 5.

El camino hasta la expresión está formado por una serie de laboriosos procesos de transformación que exigen, en primer lugar, a nivel *macroestructural* la concepción de una *macroproposición* que se desarrollará después mediante una serie de *microproposiciones*. La macroproposición (o proposición síntesis del discurso) incluye la formación de una intención discursiva que recoge tanto la dimensión semántica (aquello que se quiere decir) como la pragmática (a quién y para qué se quiere decir). El proceso de formación de esta macroproposición se llama *planificación* (1).

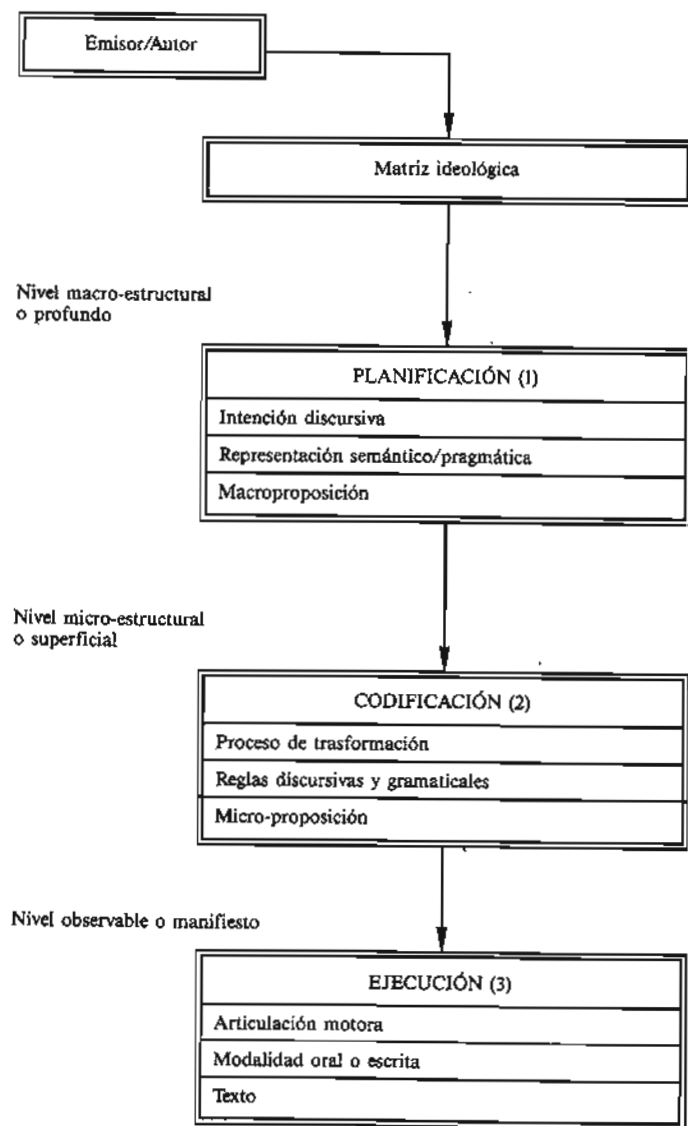


Figura 5. El proceso de producción discursiva.

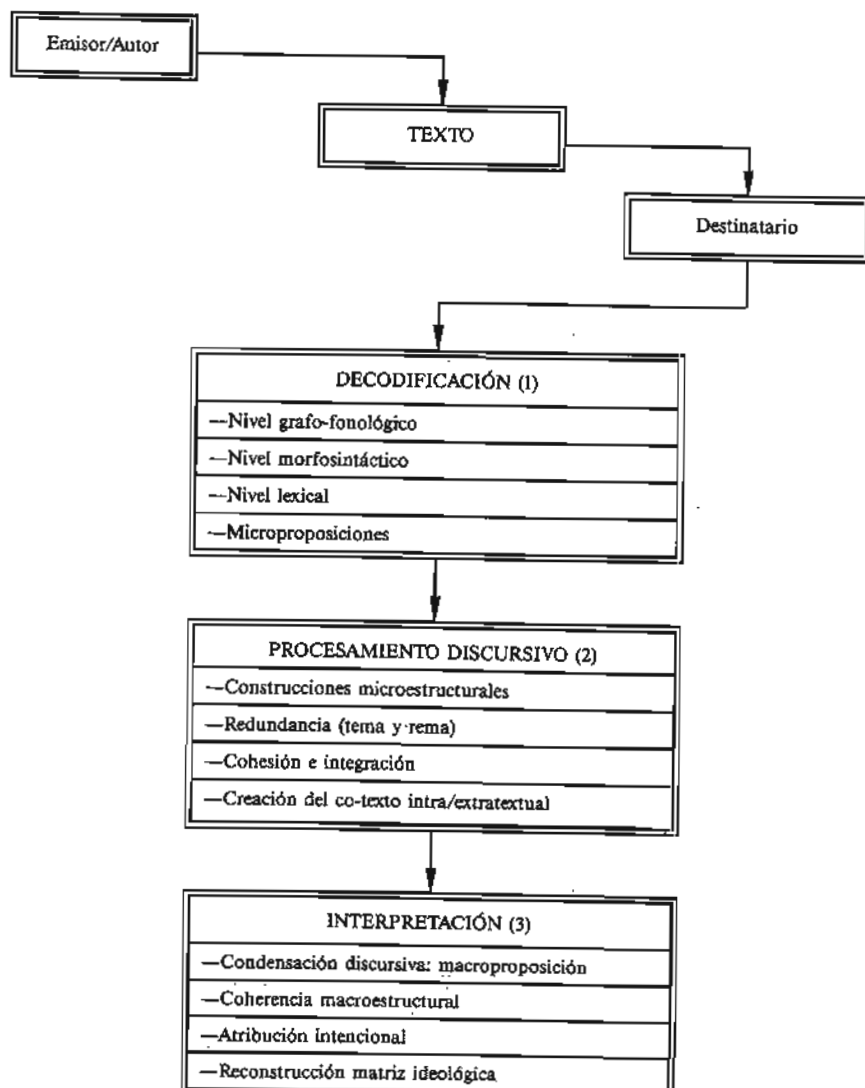
gramaticales (morfológicas y sintácticas) y discursivas (coherencia y redundancia), los contenidos del mensaje. El resultado de esta transformación son las diversas microproposiciones en que se va concretando el discurso a través del proceso que hemos denominado codificación (2). A medida que la intención comunicativa se va transformando en microproposiciones gramatical y discursivamente codificadas, sólo queda articularlas de una manera perceptible (oral o escrita) para su emisión. El resultado de esta articulación (3) a nivel observable o manifiesto lo constituye el texto propiamente dicho. En contraposición a los modelos asociacionistas (*left to right*) que postulan que la unidad básica de codificación lingüística es la palabra, el procesamiento discursivo sigue una dirección de arriba a abajo (*top-down*), que va de la elaboración macroproposicional del discurso a su codificación lingüística y finalmente a su articulación motora oral o escrita. Este trabajo transformativo implica una serie de procesos en parte automáticos y en parte controlados. El procesamiento automático permite activar una secuencia fija de operaciones mentales que afectan particularmente a los procesos de *codificación* y *articulación*. El procesamiento controlado afecta, aunque no siempre de forma exclusiva, a las tareas de *planificación*: requiere tomar en cuenta los contextos pragmático y de producción para que la forma de los mensajes sea inteligible y adecuada, así como echar mano de los conocimientos enciclopédicos sobre sí mismo, el interlocutor, el mundo y la situación. Incluye, igualmente, conocimientos que tienen que ver con las diversas modalidades discursivas. Contrariamente al procesamiento automático, el procesamiento controlado no actúa en paralelo, sino de forma serial, por lo que requiere cierta secuenciación temporal, que se refleja, frecuentemente, en la distribución y ordenación de los tópicos del discurso, fundamento de la organización de los textos en microestructuras.

b) El proceso de comprensión

Como ya hemos dicho más arriba, el proceso de comprensión (Figura 6) es paralelo y complementario del de producción, aunque no idéntico. En parte, porque sigue un procedimiento en cierta forma inverso a él, y, en parte, porque se efectúa a través de operaciones propias y distintas, como las de interpretación.¹

La primera operación transformativa que tiene que llevar a cabo el receptor de un mensaje es su decodificación (1); a través de ella convierte los sonidos y los signos gráficos en palabras, frases o microproposiciones de su propio código. Paralelamente a estos procesos superficiales de decodificación se desarrollan otros procesos más profundos que permiten identificar las microestructuras en que está dividido el texto y la forma cómo se desarrolla y articula (o integra) a través de la redundancia y la coherencia. Fruto de este procesamiento discursivo (2) es la creación de un contexto intra y extra-textual que posibilita la interpretación (3) del texto. Ésta consiste en el hecho de atribuir un significado intencional, infor-

mativo y pragmático al discurso del hablante, construyendo una macroproposición, representativa de la matriz ideológica del mundo experiencial del sujeto emisor. Esta interpretación puede ser objeto de negociaciones posteriores y así sucesivamente.



También el proceso de comprensión pone en juego múltiples actividades cognitivas que van desde procesos automáticos de *parsing* sintáctico a operaciones más complejas como la aplicación de las macrorreglas de supresión, generalización y construcción, descritas por Kintsch y Van Dijk (1978) hasta la extracción del tema o la elaboración de micro y macro-estructuras. Tales operaciones requieren la aplicación de conocimientos residentes en la memoria a largo plazo, la activación de esquemas y guiones sobre objetos/relaciones en el mundo, así como un cierto grado de competencia textual y discursiva.²

Sirva lo que hemos dicho hasta aquí para dar cuenta de la complejidad de las operaciones relativas a la comprensión y producción del lenguaje. Éstas están presentes de una forma más o menos consciente o automatizada en cualquier actividad lingüística, como hablar, escuchar, escribir, leer, comprender, interpretar, etc. No cabe duda que tales actividades se desarrollan de una forma intuitiva siguiendo las vías descendentes y ascendentes de los procesos que hemos considerado u otras similares que puedan precisarse mejor en un futuro. Pero la cuestión que queda por resolver es la siguiente: ¿cuáles son las marcas que proyecta el discurso en el habla durante el proceso de producción, para que ésta resulte un reflejo del *contenido* y de la *organización* discursiva del pensamiento? ¿De qué forma las características semánticas y estructurales de la lengua facilitan el acceso a la comprensión del pensamiento? ¿Es posible desarrollar una metodología estrictamente lingüística que dé cuenta de la actualización del discurso en el texto y permita recuperarlo? Si tal metodología es posible, debe entonces fundamentarse en una teoría lingüística capaz de explicar la transformación del discurso en texto y la recuperación del primero a través de las características estructurales del segundo. Tal disciplina ha recibido entre otros el nombre de *lingüística textual*, que es el que ha obtenido un mayor consenso.

La lingüística textual como disciplina del discurso

Aunque *latu senso* podríamos considerar como texto, cualquier producto sígnico o semiótico —la arquitectura, la moda en el vestir, el escaparatismo, etc. (Eco, 1990) en la medida en que estos códigos constituyen la actualización de un discurso— reservaremos en este artículo el término de texto para aquellas producciones que utilicen exclusivamente el código lingüístico (Villegas, 1992a), con independencia de la tipología —oral, escrita, dialógica o monológica— que revistan, puesto que las unidades discursivas «constituyen los únicos rastros objetivos y racionalizados de la intervención de un agente en el mundo» (Bronckart, 1992, p. 45). Igualmente, en este sentido, e independientemente de la legítima pers-

2. Sobrepasa a los propósitos de este artículo entrar en más detalle respecto a las operaciones y procesos lingüístico-cognitivos implicados en la producción y comprensión de los discursos. Para quienes deseen profundizar más en esta cuestión recomendamos el libro de Belinchón y otros (1992) que constituye todo él, pero particularmente los capítulos

pectiva etnometodológica a la que ya nos hemos referido, entenderemos la *conversación* como texto, no como discurso, dado que, pudiendo ser hablada, escuchada, grabada o transcrita, constituye un producto lingüístico (Van Dijk, 1977) y no un proceso. Pero no todos los productos lingüísticos constituyen por sí mismos un texto. La frase

- (1) «Había ya amanecido, cuando él salió»

es una oración completa y gramaticalmente correcta, pero no constituye un texto. En efecto, tal frase no se explica a sí misma sino es en relación a un co-texto, o al menos un contexto, donde pueda determinarse quién es el sujeto de la acción y cuál es el lugar de dónde sale. La respuesta a estas preguntas lleva necesariamente a trascender las fronteras de la frase o enunciado, que eran las habituales en las que se había movido la lingüística hasta los años sesenta, que consideraba la lengua como un sistema ideal o abstracto. La lengua en uso, el habla, no es nunca, sin embargo, un sistema abstracto de reglas, sino un código que se utiliza para la comunicación de vivencias, historias, proyectos, etc., cuya enunciación requiere operaciones mucho más complejas que la simple observancia de las reglas morfosintácticas, implicando la construcción de entramados temáticos lógico-semánticos, más o menos complejos, que subyacen a los textos, así como la observancia de convenciones pragmáticas que regulan las interacciones comunicativas y que superan ampliamente los límites de la gramática.

La conciencia de las características transgramaticales de los textos llevó a algunos autores, particularmente alemanes y centroeuropeos, a plantearse la necesidad de una lingüística o gramática textual. Ya Coseriu había utilizado esta expresión —lingüística textual— en 1955, aunque no en el sentido que se le concede actualmente. Ésta aparece por primera vez en una contribución programática de Weinrich (Weinrich y otros, 1967), titulada *Linguistik ist Textlinguistik*. Desde sus inicios existe una notable confusión en la delimitación del concepto de lingüística textual. Esta confusión se hace patente ya en los diversos nombres que recibió la nueva disciplina entre los pioneros que intentaron formularla: *Transphrastische Analyse*, *Textgrammatik*, *Textologie*, *Texttheorie*, *Textstruktur-Weltstruktur-Theorie*, *Discourse Analysis*, *Hipersyntax*, *Translinguistique*, etc., denominaciones usadas por autores tan diversos como Harweg, Schmidt, Petöfi, Palek o Barthes. Las diferencias relativas al nombre que se pretende dar a esta disciplina no afectan solamente a la terminología, sino también a su conceptualización. Conte (1989) distingue tres razones para el desarrollo de la lingüística textual, que se corresponden con tres tipologías diferenciadas.

La primera razón para postular una lingüística textual, dice la autora, son las insuficiencias de las gramáticas enunciativas en el tratamiento de fenómenos como la correferencia, la pronominalización, la selección de los artículos, el orden de las palabras en los enunciados, la relación entre *topic* y *comment*, la entonación del enunciado, etc. Para hacer frente a estas insuficiencias algunos autores han propuesto construir una gramática enunciativa contextual. cuyo objeto

dos» (Isenberg, 1970). El objeto de esta gramática transfrástica sería el estudio de las conexiones entre frases, que para algunos, como Harweg (1968), vendrían determinadas por los fenómenos de correferencia; por el hecho, a saber, de que distintos constituyentes lingüísticos denoten una misma entidad a través de enunciados que se encadenan. Estos constituyentes son fundamentalmente los pronombres, entendidos de forma amplia como sustitutivos del nombre, de forma que un texto estaría constituido fundamentalmente por una cadena ininterrumpida de pronombres. La pronominalización, sin embargo, no explica todos los aspectos diferenciales del texto respecto al enunciado. Una cadena de estos no forma necesariamente un texto. En la respuesta de un esquizofrénico a la pregunta sobre sus estudios

- (2) «empecé con la escuela *elemental*, pero (ésta) no era tan *elemental*, puesto que he hecho cosas más *difíciles* en mi vida»

la correferencia no basta para producir un texto coherente. Ésta es un componente relevante de los textos, pero no es suficiente ni siquiera necesario. Inversamente se puede conseguir un texto coherente sin el uso de la pronominalización:

- (3) Cada mañana Vanessa va a la piscina; durante el invierno no pasa domingo que Claudia no vaya a esquiar y Roger ha entrado en el equipo infantil del Barça: somos una familia de deportistas.

Aunque en el texto no haya pronominalización resulta evidente que se trata de un conjunto coherente si tenemos en cuenta el hablante, que es un miembro de la familia.

La consideración de estas anomalías e insuficiencias del enfoque enunciativo sirve para extraer las siguientes conclusiones:

a) Además de la correferencialidad hay que tomar en cuenta la cohesión lexical —por ejemplo en (3) piscina, esquiar, deportes— y el conocimiento enciclopédico, relativo al conocimiento extralingüístico, o conocimiento del mundo —en (3) el Barça es un equipo de fútbol—.

b) Lo que caracteriza un texto como tal no es la secuencia lineal de los enunciados, sino su coherencia o integración jerárquica (Lang, 1989). La última frase de (3) integra las anteriores, atribuyendo a todas ellas un común denominador, el de ser miembros de una familia.

c) La coherencia de un texto no se puede considerar al margen del contexto pragmático en el que el texto se produce o recibe.

En resumen: la simple superación de los límites enunciativos de la frase no constituye un texto; se requiere, además, la integración tematizada y jerarquizada de los enunciados en una globalidad semántica y coherente.

De cuanto llevamos dicho hasta ahora se deduce que lo que legitima a las gramáticas textuales es la *discontinuidad* entre enunciado y texto, o si se quiere, la diferencia cualitativa entre uno y otro. Toca pues a las gramáticas textuales determinar qué es lo que hace que un texto sea tal; y ésta sería la segunda razón

Nos referimos a los de Teunen A. Van Dijk y Janos Sándor Petöfi. Éstos tienen en común el hecho de ser modelos generativos, el de usar instrumentos conceptuales de la lógica y el de integrar los principios de la gramática enunciativa en la gramática textual.

El modelo de Van Dijk, que seguimos básicamente en nuestra propuesta metodológica, distingue entre estructura textual profunda y estructura textual superficial. La primera o «macroestructura» está en la base de la estructura textual superficial en cuanto constituye el plan organizador. Los enunciados de la estructura superficial subsiguientes en el texto se llaman microestructuras. De este modo, una gramática textual generativa es un algoritmo que genera infinitas estructuras textuales profundas.

El modelo de Petöfi es una gramática textual «con base textual fijada no linealmente», lo que significa que la base textual consta de una representación semántica indeterminada respecto a la secuencia de enunciados. La parte transformacional determina la manifestación lineal del texto. En este modelo tiene una función destacada el léxico con sus representaciones semánticas intensionales. Otros dos componentes importantes son el *co-texto* y el *con-texto*. Por *co-texto* se entienden tanto los aspectos gramático-textuales a los que nos hemos referido como los no gramaticales internos al texto. Por *con-texto* debe entenderse tanto la interpretación semántica extensional (mundos posibles, modelos —Martin (1987) prefiere denominarlos «mundos de creencias»—), como el contexto pragmático de producción y recepción del texto.

Para algunos autores como Dressler (1973) la pragmática es sólo un aspecto complementario de la gramática textual, que forma parte de una *competencia textual* más amplia. Otros, como Schmidt (1973) consideran que la perspectiva pragmática significa el giro de la lingüística textual hacia una teoría pragmática del texto, en cuanto acto de comunicación —con todos sus presupuestos psicológicos y sociológicos— inserto en una situación comunicativa. La competencia que es la base empírica de la teoría del texto no sería pues ya la *competencia textual*, sino la *competencia pragmática* o *comunicativa*, y constituye el tercer tipo de *lingüística textual*. Tal competencia nos parece fuertemente condicionada por aspectos culturales que exceden a la dimensión estrictamente textual del discurso o forman más bien parte del conocimiento general del mundo o contexto. Por ello no será objeto directo de atención en un trabajo, como éste, que aspira a utilizar básicamente las señales o marcas textuales. Lo sería más bien para un *análisis de la conversación*, que ya hemos señalado antes como conceptual y metodológicamente distinto del análisis textual. Insistiremos, más bien, en otras concepciones más genéricas o menos específicas que la que se deriva de una competencia comunicacional, al entender la comunicación en una perspectiva *semiótica* —como intercambio de signos— y la interpretación en el marco de la *hermenéutica*.

tipo de manifestaciones expresivas. Como ya se ha dicho anteriormente, ella nos permite conceptualizar como lenguaje cualquier conjunto organizado de signos, independientemente de su naturaleza.

Todas estas manifestaciones constituyen diversos tipos de expresión que remiten a los respectivos discursos que se actualizan en ellos. Como tales, son manifestación o productos objetivos de vivencias y procesos subjetivos y, en cuanto objetivos, analizables. A la vez, esta expresión de significado va orientada a provocar en los demás una complicidad semiótica, que implica la interpretación por parte del oyente o lector.

En su último libro, titulado *Los límites de la interpretación* Umberto Eco (1990) insiste en que no se puede comprender la naturaleza de un mensaje sin tener en cuenta la del destinatario. Dicho de otro modo: cualquier mensaje va dirigido a un destinatario —real o imaginario— y es en esta relación donde adquiere significado. No queda excluido, ni mucho menos, que el destinatario de los mensajes pueda ser el propio sujeto. Pero en cualquier caso, al traerlos o producirlos en un contexto determinado, dicen una relación implícita o explícita a la interpretación del *alter* (Martín-Serrano, 1991).

La disciplina que aborda los problemas relativos a la interpretación se conoce, desde hace siglos, con el nombre de hermenéutica. No vamos a hacer ahora un recorrido histórico por las diversas vicisitudes que ha experimentado esta disciplina a lo largo de los siglos, ni vamos a entrar en una discusión de tipo filosófico a propósito de ella, objetivo para el que el lector interesado encontrará estimulantes datos y reflexiones en las obras de autores como Ricoeur (1986), Watcherhauser (1986), etc. Queremos indicar solamente cómo la lingüística textual desarrollada en estos últimos años aporta un instrumento metodológico riguroso a una actividad interpretativa que hasta ahora se había movido utilizando técnicas literarias como la analogía, los paralelismos, la paráfrasis, la alegoría, el simbolismo —piénsese en la interpretación de los sueños de Freud, por ejemplo—, o argumentos de autoridad —la patrística, la tradición rabínica, la teología dogmática o la jurisprudencia, según los casos—, o principios filosóficos como el de no contradicción.

El desarrollo de esta metodología ocupará nuestra atención durante las páginas que siguen, con la advertencia de que el análisis textual como método de la lingüística textual no sólo se aplica a la interpretación de los textos escritos, sino también a cualquier situación que implique la interpretación de mensajes como parte integrante de la *competencia textual* de los hablantes.

De acuerdo con esta perspectiva semiótica tanto la interpretación de los textos escritos como la de las conversaciones orales requiere la negociación entre los participantes (Bronckart, 1992). Negociación que en los intercambios orales ocupa muchas veces gran parte del tiempo en el diálogo y que en las lecturas de textos escritos exige un esfuerzo de representación tanto por parte del autor, como del lector para contextualizar el discurso. Estos esfuerzos implican a autor/emisor y lector/destinatario en una relación hermenéutica que tiene como única referencia arbitral la propia estructura del texto, el cual envuelve a los participantes

La autonomía del texto

Dando por sentado que un texto, oral o escrito, no es más que un *status vocis*, un pedazo de papel o un soporte magnético, si no es producido o interpretado por alguien, toda la cuestión hermenéutica se centra en lo que el mismo Eco ha denominado «los límites de la interpretación». Dando marcha atrás respecto a una posición excesivamente deconstruccionista defendida en parte en obras anteriores como *Opera aperta* (Eco, 1962) o *Struttura assente* (Eco, 1968) y en clara polémica con autores como Iser (1972) Hirsch (1967), Lotman (1972), que inspirándose en Ingarden (1965) no ven en el texto más que un esqueleto que debe ser rellenado o completado por las interpretaciones del lector o destinatario, o bien como un conjunto de indicaciones que permiten al destinatario escoger entre innumerables opciones (Holub, 1984, Jauss, 1988), Eco (1990) señala el punto de corte para la arbitrariedad interpretativa. Este punto pasa por el texto, a propósito del cual se plantea la siguiente dicotomía: a) ¿hay que buscar en el texto lo que dice en relación a la propia coherencia contextual y a la situación de los sistemas de significación a los que se remite?; o b) ¿hay que buscar en el texto lo que el destinatario encuentra en relación a los propios sistemas de significación y/o en relación a los propios deseos, pulsiones o impresiones?

La superación de esta dicotomía debe buscarse para Eco en la referencia última a la *intentio* profunda del texto. Esto, parafraseando los títulos de dos de las obras anteriores del mismo Eco, significa que el texto *no carece de estructura*, ni *está abierto* a cualquier interpretación imaginable. Algunas interpretaciones, en efecto, son plausibles y coherentes con el texto, otras, en cambio, no. Éste se convierte, en consecuencia, en juez inapelable que dirime cualquier veleidad interpretativa. Ahora bien, ¿cómo puede el texto explicitar su intencionalidad profunda, en un modo que pueda ser reconocido por el consenso de los destinatarios, al margen de los caprichos y fantasías personales de cada uno? Alguien podría sugerir que, tal vez, mejor árbitro que el texto sería el propio autor, y que en caso de disputa entre los intérpretes se podría requerir en última instancia su «autoría». Pero esto no es así por dos razones principalmente. Primera, porque no siempre es posible acudir al autor, el cual puede ser anónimo, colectivo o simplemente no resultar accesible a los destinatarios por muerte o lejanía. Segunda, porque, aunque a veces es posible interactuar con él, no puede olvidarse que el texto, una vez escrito o proferido, adquiere una cierta *autonomía*, lo que lo hace objeto de disputa entre autor y destinatario. Basta pensar en lo que sucede en las discusiones cotidianas relativas al significado de lo que se ha dicho o se quería decir. Además, como reconoce el propio Eco (1990) a propósito de su experiencia de autor empírico de una de las novelas más famosas de las últimas décadas, *El nombre de la rosa*, es imposible evitar interpretaciones que permite el texto y que no estaban en la conciencia del autor. En este caso el autor sólo puede constatar la discrepancia entre sus intenciones y las del texto. Entre la intención inaccesible del autor y las discutibles infinitas interpretaciones posibles del lector, sólo queda la *intención transparente del texto* (p. 118).

buscarse en los recursos de la *lingüística textual*. En ella se han desarrollado una serie de criterios que permiten esbozar una metodología de análisis textual. Estos criterios hacen referencia fundamentalmente a las condiciones de textualidad, co-textualidad y con-textualidad.

Condiciones de textualidad, co-textualidad y con-textualidad

Un texto resulta comprensible o interpretable sólo si cumple las condiciones de textualidad, co-textualidad y contextualidad. La textualidad se refiere a las regularidades internas del texto, por ejemplo: concordancia y cohesión, basada en los elementos *diafóricos* (anáfora y catáfora), que situados dentro del texto reenvían a elementos anteriores o posteriores del mismo con los que son correferenciales y que constituyen la base de la coherencia interna del texto. La co-textualidad implica un isomorfismo semántico, es decir la equivalencia entre mundo textual (co-texto intratextual) y mundo de referencia (co-texto extratextual). Esta equivalencia crea una isotopía semántica que define o delimita uno de los narrativamente infinitos «mundos posibles», creando un *marco* semántico, que permite la identificación y la comprensión relacional de sus componentes. La contextualidad se refiere al conjunto de condiciones de producción, recepción e interpretación, externas al texto; es decir: al *marco* comunicativo —real o ideal—, donde se actualiza el discurso como un acto pragmático, con todas sus implicaciones psicológicas y sociológicas.

a) Textualidad

Las condiciones de textualidad se consiguen observando las reglas de concordancia, redundancia y coherencia. La concordancia afecta fundamentalmente a las estructuras superficiales del lenguaje, reguladas por la morfosintaxis (género, número, caso, tiempo, modo, persona...). Dado que la comprensión de un texto requiere la reconstrucción de su estructura profunda, relativa a la conexión entre enunciados, su sucesión y realización léxica, prescindiremos por el momento de los fenómenos que afectan sólo a la estructura superficial, como la concordancia, para limitarnos al estudio de los que contribuyen a la primera. La palabra «texto» remite, por su etimología, a tejido. Éste se compone de hilos, unidos entre sí, que le confieren unidad y cohesión: la textura (Halliday y Hassan, 1976) o textualidad (De Beaugrande, 1979, 1980). Los hilos se entrelazan siguiendo dos direcciones, horizontal (trama) y vertical (urdimbre).

Estas direcciones son las mismas que marcan las líneas del texto. La horizontalidad se consigue sobre todo gracias a la cohesión de las microestructuras. La verticalidad, gracias a la conexión entre ellas. La conexión entre microestructuras lleva a la formación de macroestructuras, cuyo conjunto forma el fenotex-

Todo texto transmite un mensaje o información. El núcleo de este mensaje es el *tema*, cuya expansión constituye el *rema*. Parte de esta expansión se debe a la *redundancia*, es decir a la reiteración informativa, que puede ser máxima, media o mínima. La máxima redundancia se consigue relacionando elementos homogéneos entre sí (reiteración, equivalencia, difinición, pertenencia). La mínima, relacionando elementos heterogéneos (conjunción, disyunción, oposición). La media, relacionando elementos homogéneos y heterogéneos (inferencia, condición). Pueden verse ejemplos de cada uno de ellos en el cuadro adjunto (Cuadro 1).

CUADRO 1. MODALIDADES DE REDUNDANCIA (EJEMPLOS)

<p>Redundancia máxima (aporta mínima información)</p>
<p>REITERACIÓN: Repetición de una misma palabra a lo largo de una microestructura. Ejemplo tomado del caso «Julia» (Obiols, 1969):</p> <p>«Fui a una casa de una señora, ¿no?, que son muy católicos, querían ser monjas. Había un señor allí que me explicó que su hija quería ser monja, que se había marchado su hija monja, y esta señorita quiere ser monja, yo quiero ser monja.»</p> <p>EQUIVALENCIA: enumeración basada en la similitud, lo que puede obtenerse a través de la utilización de sinónimos o bien de elementos de una misma especie (cohipónimos). Ejemplo tomado de un esquizofrénico de un hospital de Viterbo (Italia):</p> <p>«Vivíamos en Roma y yo estaba contento de estar con los Papas y los Emperadores. Pero vivíamos en una callejuela y estábamos en un piso muy pequeño de dos habitaciones, no de Rey, ni de Príncipe, ni de Duque o de Conde.»</p> <p>DEFINICIÓN: microestructura, frase o palabra que explica el significado de una proposición inicial. Ejemplo tomado de un seropositivo de 43 años, donde cada conjunción <i>que</i> introduce una nueva definición del problema o una connotación del mismo:</p> <p>«En la actualidad esto es una desgracia. El problema es que no tengo el coraje de decir <i>que</i> soy seropositivo, <i>que</i> estoy enfermo, <i>que</i> soy homosexual... Usted comprende <i>que</i> esto es una cosa muy dramática, <i>que</i> aterroriza, <i>que</i> impide las relaciones.»</p> <p>PERTENENCIA: descripción basada en la hiponimia, nombres específicos de uno más genérico: solidaridad y disponibilidad son especificaciones de valores morales. Ejemplo tomado de un tartamudo de 26 años:</p> <p>«Naturalmente, lo que más me molesta está ligado al conjunto de mis valores morales y materiales. Yo concedo una importancia especial a la solidaridad familiar y en general a la disponibilidad hacia los demás.»</p>
<p>Redundancia mínima (aporta máxima información)</p>
<p>CONJUNCIÓN: enumeración de elementos de una serie, que pueden pertenecer o no a una misma especie. Ejemplo tomado de una autodescripción del tartamudo de 26 años:</p> <p>«El punto más completo para mi autoanálisis lo constituye el campo de las relaciones con los demás. Puedo distinguir cuatro grupos de personas con las que me relaciono habitual-</p>

viene de la pág. 38

DISYUNCIÓN: El discurso se divide en dos o más alternativas que se consideran compatibles simultáneamente. Ejemplo tomado de la autodescripción del tartamudo de 26 años:

Con las chicas las cosas no van nada bien en absoluto. En parte porque yo soy muy exigente, razón por la que me canso enseguida si una empieza bromear, y en parte también, porque no he encontrado ninguna que me guste de verdad.

OPOSICIÓN: El discurso se divide en dos o más alternativas que se consideran incompatibles simultáneamente. Ejemplo tomado de la autodescripción del tartamudo de 26 años:

Lo que no sé todavía decidir es si es mejor pasar el tiempo con una chica, aunque no te guste especialmente, o bien quedarse solo.

Redundancia media
(aporta relativa información)

INFERENCIA: Extrae conclusiones de algo ya enunciado anteriormente. Ejemplo tomado de la autodescripción del tartamudo de 26 años:

«En efecto, viendo algunas chicas de mis amigos, difícilmente podría aceptar pasar tanto tiempo con estas personas... No estoy diciendo que uno no deba perder el tiempo, sino no contentarse, al menos, con lo primero que se pone a tiro, como creo que hacen muchas de las personas que yo conozco.»

CONDICIÓN: Añade una circunstancia que cambia las condiciones de cumplimiento de un enunciado. Ejemplo tomado de la autodescripción del tartamudo de 26 años:

No soporto, en particular, a los que se comportan de una forma ambigua, haciendo cosas a escondidas y diciendo medias verdades. Por ello, si pasa algo de este género, en general no salgo más durante algunos días.

Un texto, por lo general, contiene información homogénea y heterogénea, al mismo tiempo. La homogénea se explica por sí misma y constituye la información dada inicialmente (referencias intratextuales). Las frases portadoras de información homogénea facilitan la comprensión, pero apenas contribuyen a la expansión del tema. La información heterogénea se obtiene por diferenciación o por oposición a la dada anteriormente y constituye la información nueva (Clark y Haviland, 1977), que se contrapone o distingue de la primera. Anáfora, catáfora y deixis, a través de las diversas formas de pronominalización y de cohesión lexical, constituyen las marcas lingüísticas más habituales de la *redundancia*.

Una agrupación de frases fuertemente cohesionadas constituye las microestructuras. La conexión entre las diversas microestructuras da lugar a la *coherencia*. Un texto es coherente si establece relaciones no contradictorias entre las diversas microestructuras del texto. Estas relaciones pueden ser de inferencia, causalidad, temporalidad, paralelismo, oposición, etc. Con frecuencia estas relaciones se establecen funcionalmente a través de *conectores* —palabras funcionales,

b) Co-textualidad

La combinación de redundancia y coherencia forma un conjunto significativo que genera el co-texto (contexto semántico o mundo de referencia). Éste tiene un carácter más bien macroestructural, en cuanto constituye el *marco* de referencia en el que el texto adquiere sentido. El concepto de marco (*frame*) es esencial para la coherencia textual; alude a los contextos intratextuales creados por el propio texto: por ejemplo, la palabra estatua se puede introducir sin ningún otro referente si hemos creado un marco relativo a una iglesia, museo, puente o plaza monumental, etc. Las referencias son a veces internas al texto, en la medida en que el texto se explica a sí mismo. Hablamos entonces de co-texto intratextual. A veces, en cambio, las referencias son externas y tienen que ver con un conocimiento enciclopédico o general, que no se explica en el texto pero que se supone compartido por emisor y destinatario. Hablamos entonces de co-texto extratextual.

c) Contextualidad

Finalmente, no hay que olvidar que el texto se realiza en un marco de interacción personal (Goffman, 1967), como un acto social (Halliday, 1978, Halliday y Hassan, 1980) donde se produce y recibe el texto (contexto pragmático). En este caso el conocimiento de las características relacionales que unen la persona del emisor y la del destinatario, la conciencia del tipo de situación en que se encuentran y la adecuación a los objetivos que persiguen en su comunicación son esenciales para la comprensión del texto.

Isotopía semántica e interpretabilidad de los textos

La sensación de comprensibilidad de un texto, como resultado de la combinación de los diversos niveles de coherencia intra y extratextual, obedece a un fenómeno que Greimas (1966) ha denominado *isotopía*, que ha sido definida como «permanencia de una base clasemática», «conjunto redundante de categorías semánticas», o «permanencia recurrente a lo largo del discurso de un mismo haz de categorías justificativas de una organización paradigmática». Con ello Greimas ha querido designar la *iteratividad* a lo largo de una cadena sintagmática de unidades de contenido que aseguran la homogeneidad del discurso. Una disyunción isotópica puede hacer chocante un texto homogéneo, fenómeno que muchas veces subyace al humor o al chiste. Lozano y otros, (1986) reproducen el siguiente texto como muestra (Cuadro 2).

El texto crea —en su literalidad— a través del verbo *llevar* dos posibles interpretaciones: llevar para visitar, como se lleva a un niño, o llevar para ingresar.

CUADRO 2. EJEMPLO DE DISYUNCIÓN ISOTÓPICA

Dos policías se encuentran en la calle a un pinguino y lo llevan ante el comisario. Éste les ordena que lo lleven al zoo. Pasadas unas horas, los dos policías vuelven a comisaría con el pinguino. El comisario, furioso, les increpa:
—Pero ¿no os he dicho que lo llevarais al zoo?
Uno de los agentes contesta:
—Sí, Sr. Comisario; precisamente, le hemos llevado allí y como le ha gustado tanto, ahora queremos pedirle permiso para llevarlo al cine.

Contribuyen poderosamente a producir el efecto isotópico los elementos *diafóricos* (*anafóricos* y *catafóricos*) que situados dentro del texto reenvían a elementos anteriores o posteriores del mismo con los que son correferenciales. Obsérvense, por ejemplo, en el siguiente texto de Mussil, titulado «cubiertas de sarcófagos» algunos de estos fenómenos a modo de ilustración, que consiguen, esta vez sí crear un contexto isotópico (Cuadro 3).

CUADRO 3. EJEMPLO DE EFECTO ISOTÓPICO

En algún lugar del Pincio, o más bien ya en Villa Borghese, yacen al aire libre entre matorrales dos cubiertas de piedra común. No son preciosas y por ello están allí abandonadas. La pareja que se ha hecho retratar como último recuerdo está acostada encima a todo lo largo. En Roma se ven muchos de estos sarcófagos; pero en ningún museo, ni en ninguna iglesia producen tanta impresión como aquí, bajo los árboles, donde las figuras se han estirado como si hubieran salido al campo, y parecen despertarse como de un ligero sueño de dos mil años. Están apoyados sobre el codo y se miran. Sólo les falta el cesto con el queso, la fruta y el vino.
La mujer lleva un peinado con rizos —y dentro de poco se lo retocará de acuerdo a la última moda antes de adormecerse de nuevo—. Y se sonríen, largamente, muy largamente. Aparta tu mirada; no han dejado ni un momento de sonreír al infinito. Esta agradable mirada burguesa, enamorada, fiel ha sobrevivido a los siglos; fue lanzada en la antigua Roma y ahora encuentra tus ojos. No te extrañe que te desafíe de este modo; que ellos no aparten ni bajen la mirada; por eso no son piedras, sino seres humanos.

La lectura de este texto, que puede evocar fácilmente el cuadro de Manet de la comida campestre, se hace posible gracias al efecto de isotopía. Incluso en un momento determinado, aprovechando el juego de las miradas, implica inesperadamente al lector en el marco hasta aquel momento impersonal del relato, momento que antecede, precisamente, a la antropomorfización de la piedra. Las cadenas isotópicas o correferenciales son fácilmente detectables. Vamos a señalar algunas:

La primera que aparece crea un co-texto determinado: el *Pincio*, una de las colinas de *Roma*, donde se halla *Villa Borghese*. Como quiera que en Roma —cotexto extra-textual, referido al conocimiento enciclopédico del lector— hay iglesias, museos, estatuas y sarcófagos y esto desde la *antigüedad*, es posible que en el texto se hable de estos *sarcófagos*, *estatuas*, *museos* e *iglesias*. Precisamente

mismo— muchos sarcófagos. Interesante anotar aquí que, a propósito de este *ver*, se producirá un cruce de miradas entre los esposos del sarcófago y los ojos del lector, propiciando un encuentro a través de *dos mil años*.

Dentro de este cotexto general de Roma aparece uno más específico relativo a la *Villa Borghese*, que como es sabido —conocimiento enciclopédico— es en la actualidad un parque público. En un «parque» suele haber *árboles y matorrales* y debajo de ellos o entre ellos es posible hacer una *comida campestre* —compuesta de *cesto conteniendo queso, fruta y vino*—, o incluso echarse una siesta, o haber dejado *abandonadas las cubiertas* de unos sarcófagos.

Las cubiertas de los sarcófagos —que suelen ser de *piedra*— pueden representar diversas figuras, y por tanto una *pareja*. Una pareja está compuesta por un hombre y una *mujer* y ésta puede llevar un *peinado a rizos*. La pareja puede estar en posición *acostada y mirarse y sonreirse*. Una pareja que se mira y sonríe da la impresión de estar *enamorada*. El amor *fiel* puede *sobrevivir a los siglos* y por ello cruzarse *ahora* con nuestros *ojos*. Este encuentro con unos personajes que se han hecho *retratar para dejar un último recuerdo*, no deja de maravillar o *extrañar* a quien se encuentra en estos momentos con su mirada. Una mirada que nos ha hecho olvidar que los personajes eran de *piedra*, puesto que a nosotros nos miran *como seres humanos*. No cabe duda de que en este contexto del parque, bajo los *árboles*, los sarcófagos causan *mayor impresión* que si hubiesen estado en un *museo o iglesia*. Este contexto o marco físico es el que hace que las estatuas adquieran una dimensión más humana.

El breve análisis que hemos esbozado de este texto, se apoya básicamente en la correferencialidad —sinónimos, antónimos, hiperónimos, hipónimos, copiónimos, etc.—, y toma en cuenta la elipsis, y los fenómenos diafóricos y deíticos. Este procedimiento equivale al análisis de la cohesión o coherencia superficial. Ésta, sin embargo, no posibilitaría por sí misma la comprensión o interpretación, si no tuviera en cuenta las características contextuales de producción y recepción. La comprensión de los más diversos textos resulta posible, siempre que el receptor o destinatario del texto sea capaz de llevar a término el trabajo interpretativo que se pone en juego. Como dice Watson: «todo lo que tenemos es el texto, pero el texto no tiene todo lo que permite interpretarlo» (Watson y Seiler, 1992). Ésta es fundamentalmente labor de suplencia del hermeneuta.

La idea de que la coherencia no es una propiedad intrínseca de los textos, sino que depende de las condiciones definidas por los estados de conocimiento y expectativas de los participantes está presente en las interpretaciones tanto clásicas (Morris, 1938), como actuales de la noción de coherencia. Van Dijk (1980), por ejemplo, afirma que los discursos y conversaciones serán coherentes en la medida que sean *interpretables*. Sperber y Wilson (1986, 1987) consideran, a este propósito, que la interacción comunicativa humana se rige por el principio de *economía cognitiva*, lo que determina que los hablantes intenten producir la máxima *relevancia* con el mínimo esfuerzo posible, a la vez que destacan la estrecha dependencia de la actividad discursiva respecto a los procesos cognitivos centrales, como los de inferencia (véase Belinchón 1992).

por los textos, puesto que como ya se ha venido indicando repetidamente, éstos son el objeto del *intercambio comunicativo*. Y este objeto tiene unas características autónomas que constriñen, a la vez que posibilitan, la interacción comunicativa. Tales características son de naturaleza lingüística y marcan la estructura del texto. Algunas lo hacen a un nivel superficial y otras a un nivel más profundo. Entre las primeras tendríamos todos los elementos que hemos destacado en el análisis de la cohesión, que serían absolutamente necesarios para preservar la autonomía del texto. La condición de necesidad, empero, no implica la de suficiencia. El texto, en efecto, no se mueve sólo en un plano de cohesión superficial, sino de coherencia profunda que remite a la matriz discursiva que lo genera y que resulta transparente sólo en el plano macroestructural. Pero esta coherencia no está sustentada en una construcción arbitraria de la mente del intérprete, sino basada en las marcas que el autor ha dejado en el *texto*, y que deben ser igualmente objeto del *análisis textual*.

El análisis textual

Todos los textos, sea cual sea su naturaleza, nacen de una matriz discursiva, cuya esencia debe ser comprendida por el oyente o lector para que se produzca la interpretación. Esta matriz o núcleo discursivo se puede sintetizar en una macroproposición o macroestructura profunda, que genera las diversas microestructuras del texto, su coherencia e integración globales. El objetivo del análisis textual, por tanto, es el de llegar a reproducir la síntesis discursiva, donde se condensa el núcleo semántico —ideológico, informativo, emocional, pragmático— que se expresa a través de las distintas estructuras del texto. Éstas mantienen entre sí, además de las relaciones de cohesión, relaciones de significado, que son las que se trata de identificar a través de la comprensión.

Comprender un texto, como hemos visto más arriba, significa recorrer el camino que del fenotexto nos lleva al genotexto, responsable de su producción. Para ello hay que proceder a una operación reductora de las diversas microproposiciones y microestructuras hasta obtener una macroproposición, reveladora de la estructura profunda o macroestructura discursiva, portadora de la idea matriz del texto.

El procedimiento a seguir es una combinación de operaciones sucesivas de análisis y síntesis. Está claro que esta síntesis coincide, a su vez, con otro texto, la macroproposición. Pero lo que distingue a una macroproposición de un texto es que aquélla posee las características diferenciales del discurso: máxima condensación semántica y mínima determinación sintáctica (véase más arriba cuadro comparativo de texto y discurso, Figura 2). Una macroproposición —o tópicos (Van Dijk, 1980)— es, pues, una proposición que contiene nuclearmente toda la información v. potencialmente, toda posible expansión. Para llegar a extraer

- a) División del texto en micro-estructuras.
- b) Análisis de la redundancia (tema/rema).
- c) Análisis de la coherencia (estructura).

a) División del texto en micro-estructuras

Podemos considerar microestructuras aquellas unidades textuales que guardan una cierta homogeneidad entre sí, la cual las diferencia del resto de unidades del texto. Las formas de indicar textualmente las microestructuras son muy variadas, pero podemos señalar básicamente dos: la segmentación y la conexión. Por *segmentación* entendemos la división temática explícita que establece el texto. Así en el texto del tartamudo (Cuadro 4) resulta muy fácil la división en microestructuras, puesto que ya la microestructura 0, que actúa de introducción, enumera los diversos tipos de «relaciones interpersonales» (el tema) que luego desarrollará en las sucesivas microestructuras 1, 2, 3,...

Por *conexión*, en cambio, entendemos los diversos vínculos estructurales que se establecen entre unas microestructuras y otras, y que pueden ser de distintos tipos: causales, temporales, etc. Estos vínculos, a la vez que unen las microestructuras entre sí, pueden tener la función de diferenciarlas. En el texto de Benjamín Constant, que analizaremos más adelante (Cuadro 5), el criterio de división viene indicado por los conectores «antes/ahora», que siguen a la microestructura inicial 0 e introducen las microestructuras 1 y 2. La división en microestructuras es muy útil para poder trabajar a fondo los matices del texto, a la vez que para poner de manifiesto sus relaciones estructurales internas.

CUADRO 4. DIVISIÓN DE UN TEXTO EN MICROESTRUCTURAS
(texto de un tartamudo, 26 años)

<0> El punto más completo para mi autoanálisis lo constituye el campo de las relaciones con los demás. Puedo distinguir cuatro grupos de personas con las que me relaciono habitualmente: los familiares <1>, los amigos de primer tipo y los de segundo tipo <2>, y las chicas <3>. Naturalmente esta subdivisión no es tan rígida, sino que se dan sobreposiciones por lo que se da el caso de tener familiares amigos, chicas amigos, y así...

<1> Con mis familiares existe desde hace cosa de un año, un relajamiento en las relaciones: ya no me irrito...

<2> Con mis amigos me encuentro generalmente bien. Sin embargo, con algunos de ellos me siento particularmente nervioso...

<3> Con las chicas las cosas no van nada bien en absoluto. En parte porque yo soy muy exigente...

b) Análisis de la redundancia

análisis de la redundancia equivale a un análisis de contenido, aunque no sigue los criterios cuantitativos de este último. La ventaja del análisis de la redundancia es que incluye no sólo los sinónimos, sino también los hipónimos y los antónimos. Un objetivo parecido al que se puede obtener con el análisis de la redundancia lo habíamos perseguido anteriormente con el análisis de contenido denominado por nosotros *análisis temático categorial* (Villegas, 1991), pero con el inconveniente propio de todos los análisis cuantitativos, que es el de sacar las palabras del texto y del contexto. El análisis de la redundancia no se realiza con criterios cuantitativos, sino textuales, con lo que no sólo se respeta el texto, sino que se ayuda a crear el co-texto.

Existe una cierta posibilidad de sobreposición entre análisis de la redundancia y análisis de la coherencia, puesto que ésta se consigue con frecuencia a través de la cohesión lexical (sinónimos, antónimos, etc.) que es, a su vez, una forma de redundancia. Para evitar duplicidades en la clasificación hemos seguido el siguiente criterio: consideramos redundancia a aquel tipo de cohesión lexical que se produce en el interior de una microestructura; mientras que consideramos coherencia a aquel tipo de cohesión lexical que se produce entre microestructuras a nivel macroestructural. Gráficamente representaremos la primera, la microestructural, en minúscula y negrita, y la segunda, la macroestructural, en mayúscula. De este modo, redundancia y coherencia se distinguen pero no se contraponen. Una misma palabra, por tanto, puede ser a la vez elemento de redundancia y de coherencia, en este caso la representamos gráficamente en mayúsculas y negrita. (Véase como ejemplo el texto de Benjamin Constant en el Cuadro 5).

c) Análisis de la coherencia

El análisis de la redundancia pone de manifiesto el tema del que habla un texto, pero no señala las relaciones estructurales que lo articulan. Compite esta tarea al análisis de la coherencia. Por esta razón el análisis de la coherencia está más atento a las líneas verticales del texto que a las horizontales.

Un tema puede desarrollarse a través de un texto sin apenas otra articulación que la enumeración sucesiva de sus componentes. En este caso se trata de una coherencia por yuxtaposición, sucesión temporal, pertenencia, homogeneidad, etc. Pero en otras ocasiones, las relaciones entre los elementos de un tema pueden ser sumamente complejas; por ejemplo, de causalidad, de oposición, de inferencia, etc. Para señalar estas relaciones, los textos utilizan fundamentalmente dos estrategias: la cohesión lexical y la conexión funcional.

Ya nos hemos referido a la cohesión lexical como un recurso propio también de la redundancia. Pero hemos dicho igualmente que ésta no se oponía a la coherencia. El criterio para distinguirlos se basaba en su carácter micro o macroestructural. La redundancia se contemplaba a nivel micro-estructural, mientras que la coherencia se consideraba a nivel macro-estructural. Como va hemos indi-

El otro recurso para conseguir la coherencia es la conexión funcional. En general las novelas o películas bien narradas son aquéllas que no se contentan con la yuxtaposición de imágenes o escenas, sino que establecen elementos de conexión entre ellas. La simple yuxtaposición, sin embargo, no es motivo por sí misma para que un texto pueda considerarse incoherente. Para ello es necesario que, o bien no se deje entrever ningún tipo de cohesión, o bien se caiga manifiestamente en la contradicción. La conexión expresa las relaciones de causalidad, temporalidad, condición, inferencia, etc. Generalmente se explicita mediante el uso de conectores: adverbios y conjunciones (antes, ahora, por tanto, así pues, por que, si, etc.). Gráficamente marcamos la conexión mediante la cursiva.

Aplicaciones metodológicas

No deja de resultar paradójico que por mucho que los lingüistas textuales repitan hasta la saciedad que el texto es una unidad supraoracional, que no es la suma de signos lo que produce el sentido, sino el funcionamiento textual (Benveniste, 1966), que los textos son el lugar donde se produce la semiosis (Kristeva, 1970; Derrida, 1967; Eco, 1981), que el objeto de lingüística es el texto (Halliday, 1975; Van Dijk, 1980) etc., no se dediquen sin embargo a desarrollar aplicaciones metodológicas del análisis textual. Los ejemplos que aportan se limitan, por el contrario, al examen de cortos enunciados, a consideraciones técnicas sobre implicaciones semánticas y lógicas, o a comentarios sobre características contextuales que permiten unas interpretaciones determinadas, mientras impiden otras. El mismo Stubbs (1983), refiriéndose al análisis de las narraciones para las que admite que no existe un acuerdo común sobre los procedimientos a seguir, a pesar de la larga tradición en este campo, particularmente la estructuralista (Barthes, 1966; Greimas, 1966; Jakobson y Levi-Strauss, 1962; Lotman, 1973; Propp, 1928), sugiere como procedimiento metodológico el que con una expresión catalana podríamos definir de «la xocolata desfeta»: ir dando vueltas «hasta que (la trama) espese». El resultado queda en manos de «la competencia del pastelero». La hipótesis básica, dice Stubbs, es que «los lectores de historias son capaces de identificar la trama, diferenciándola de la información secundaria» (p. 192). Para ello el autor propone jugar a resumir textos —en su caso un delicioso cuento breve de Hemingway *Cat in the rain*— sometiendo posteriormente a contraste los distintos resúmenes de longitud variable, llevados a cabo por varios lectores competentes. Una cuestión, en definitiva, de *competencia textual*. Pero ¿por qué no intentar aplicar de una forma sistemática los recursos de la lingüística textual al análisis de textos largos y completos? Aplicar estos procedimientos de análisis no es muy difícil, aunque sí muy entretenido inicialmente. En realidad se trata de un procedimiento sistemático de lectura, que tiene en cuenta fundamentalmente la estructura semántica del texto. Con un poco de práctica el procedimiento se automatiza y acaba proporcionando una información muy rica y estructurada

ciones semánticas y co-textuales que de otra forma pasarían totalmente inadvertidas, al mismo tiempo que revela la organización macroestructural que organiza el texto. La búsqueda sistemática de la redundancia y la coherencia implica, además, la explicitación de los contextos semántico y pragmático de producción del texto. Éste puede ser comparado, finalmente, con otros textos del mismo autor (análisis intertextual) lo que contribuye todavía más a la configuración de la matriz discursiva.

a) Procedimiento de análisis textual

Empezaremos nuestra demostración con un texto breve, tomado de *Adolphe* una novela de Benjamin Constant (1985), publicada por primera vez en 1816. En el Cuadro 5 reproducimos dos veces el mismo texto. En la parte superior del cuadro, se puede leer el texto sin ninguna manipulación metodológica. En la parte inferior se puede ver el mismo texto, tal como queda después de haber sido dividido en microestructuras y haber señalado los elementos de redundancia y de coherencia.

CUADRO 5. APLICACIÓN DEL ANÁLISIS TEXTUAL A *ADOLPHE* DE BENJAMIN CONSTANT

<p>¡Cuánto me pesaba esa libertad que tanto había deseado! ¡Cuánto añoraba mi corazón esa dependencia contra la que a menudo me había rebelado! Antes todos mis actos tenían un fin; estaba seguro, con cada uno de ellos, de ahorrar un disgusto o de provocar una alegría. Me quejaba de ello entonces; me impacientaba que un ojo amigo observara mis movimientos, que la felicidad de otra persona dependiera de ellos. Nadie ahora los observaba; no interesan a nadie; nadie me disputaba ni mi tiempo ni mis horas; ninguna voz me reclamaba cuando salía. Era libre, en efecto, ya no era amado; era un extraño para todo el mundo.</p>
<p style="text-align: center;">Aplicación del análisis textual (microestructura <0>)</p> <p>¡Cuánto me pesaba¹ esa LIBERTAD² que tanto había deseado³! ¡Cuánto añoraba¹ mi corazón esa DEPENDENCIA² contra la que a menudo me había rebelado³!</p> <p style="text-align: center;">(microestructura <1>)</p> <p>ANTES todos mis actos¹ tenían un fin; estaba seguro, con cada uno de ellos¹, de ahorrar un disgusto² o de provocar una alegría². Me quejaba³ de ello entonces; me impacientaba³ que un ojo amigo⁴ observara mis MOVIMIENTOS¹, que la felicidad² de OTRA persona⁴ DEPENDIERA <1> de ELLOS⁰.</p> <p style="text-align: center;">(microestructura <2>)</p> <p>AHORA NADIE¹ <1> (ahora) LOS <1> OBSERVABA <1>; no interesan² a nadie¹; nadie¹ me disputaba² ni mi tiempo³ ni mis horas³; ninguna voz¹ me reclamaba² cuando salía <1>. Era⁴ LIBRE⁰, en efecto, ya no era⁴ amado⁵; era⁴ un extraño⁵ para todo el mundo¹.</p> <p><i>Nota:</i> Los números superíndices que siguen a las palabras puestas en negrita o en mayúsculas indican los términos entre los que se establecen relaciones de sinonimia, antinomia, hiponimia, etc.,</p>

Tres son las microestructuras que hemos identificado en el texto. La primera a la que hemos dado el número <0> tiene un carácter introductorio. En ella se contraponen LIBERTAD y DEPENDENCIA. Esta contraposición, por otra parte atraviesa todo el texto y es la base de la coherencia a nivel macroestructural. En efecto la microestructura <1> está dedicada a desarrollar el tema de la dependencia (DEPENDIERA <0>), mientras que la microestructura <2> se centra sobre las consecuencias de la libertad (LIBRE <0>). Con estos pocos datos podemos afirmar, ya de entrada, que el discurso de Benjamin Constant tiene por tema la oposición entre dependencia y libertad. Pero podría tratarse de una oposición de carácter político, filosófico o ideológico. Y en cambio no es así: se trata por lo que veremos de una oposición afectiva. Esta oposición genera sentimientos contrapuestos. La redundancia, en efecto, se consigue en esta microestructura introductoria a través de la cohesión lexical opositiva entre «pesaba y añoraba» por una parte, y «había deseado y había rebelado» por otra. También LIBERTAD y DEPENDENCIA juegan aquí un papel de cohesión lexical opositiva dentro de la microestructura introductoria además de hacerlo a nivel macroestructural. Finalmente la repetición de «Cuánto/Cuánto» es un claro factor de redundancia. La microestructura <1> se inicia con el conector ANTES que se contrapone a AHORA de la microestructura <2>. Estos dos conectores constituyen elementos de conexión a nivel macroestructural y constituyen el co-texto. La microestructura <1> está dedicada, como hemos dicho a la DEPENDENCIA y desarrolla por tanto el tema enunciado en la segunda frase de la microestructura <0>. Esta dependencia se entiende como una supeditación de todos los actos a la consecución de un fin y de todos los movimientos a la aprobación de un ojo observador. El fin es «ahorrar disgustos» y «provocar alegrías», expresiones unidas entre sí por cohesión lexical opositiva. «Disgustos» y «alegrías» se hallan relacionados también lexicalmente con «felicidad», sinónimo del segundo término y antónimo del primero. Los MOVIMIENTOS <1> son entradas y SALIDAS <2>, que son controlados por UN ojo amigo, ejecutados en presencia de OTRA persona. Esta otra persona es el ojo observador de los movimientos, el destino de los actos orientados a la obtención de la felicidad. Pero esta presencia resulta enojosa y es causa de «queja» e «impaciencia». La redundancia se obtiene principalmente aquí, en esta microestructura <1>, mediante la oposición y la equivalencia.

La microestructura <2> empieza con el conector AHORA cuya función macroestructural ya hemos señalado anteriormente. Los hilos de la coherencia soltados en las microestructuras precedentes se recogen de un forma concluyente ya en la primera línea de la microestructura <2> «NADIE LOS OBSERVABA», como elementos lexicales de cohesión con la microestructura <1>. «OBSERVAR» es una repetición de la misma palabra de la microestructura <1>; «LOS» tiene como antecedente «MOVIMIENTOS» de la microestructura <1>; y «NADIE» <2> se contrapone, y por tanto es un elemento de cohesión lexical, a «un ojo amigo» y a «otra persona» también de la microestructura <1>. «Nadie» es la palabra más repetida en esta segunda microestructura; hasta tres veces, a las que podemos sumar como sinónimo «ninguna voz» y que tiene como antónimo «todo el mundo».

po», «ni mis horas», «no era amado». Este efecto de la redundancia no termina aquí: «interesar», «disputar», «reclamar» son términos equivalentes para referirse a los efectos que las «acciones» y los «movimientos» del sujeto podrían provocar en la «voz» y el «ojo» ausentes. Esta ausencia posibilita la LIBERTAD, pero al precio de «no ser ya amado», de ser «un extraño para todo el mundo». Estas dos últimas frases constituyen también un elemento de redundancia en cuanto se presentan como definiciones de lo que es ser LIBRE. Ser libre significa no depender de nadie, pero implica a la vez no ser amado por nadie, ser un extraño para todo el mundo. El tema de la libertad cierra el ciclo de la coherencia textual en cuanto remite a la primera frase «Cuánto me pesaba esta LIBERTAD» de la microestructura introductoria <0>.

Finalmente una observación en relación al contexto semántico o co-texto. Éste se refiere al propio sujeto narrador y a su relación con otra persona. Por cuanto se deduce de la novela esta otra persona es una mujer, de nombre Eleonor, a la que Adolphe primero intenta conseguir, después consigue y finalmente abandona. «Ojo», «voz», «persona», son las referencias co-textuales que nos da el texto para referirse a Eleonor. Las referencias al sujeto narrador se manifiestan de una forma más implícita. Como quiera que el texto está narrado en primera persona, no es extraño que el sujeto (YO) no aparezca como tal, puesto que al contrario de lo que sucede en otras lenguas, en castellano es totalmente redundante. A pesar de ello, podemos afirmar que está permeando todo el discurso; sin embargo su representación textual se consigue mediante dos recursos, el del morfema verbal de primera persona del singular (8 veces), el del pronombre «me» (6 veces) y el del adjetivo «mi» (5 veces).

b) El procedimiento de síntesis discursiva

Hasta ahora el trabajo de análisis de *Adolphe* que hemos llevado a cabo de acuerdo con las directrices metodológicas descritas al hablar del análisis textual. Vamos a intentar formular a continuación y a través de sucesivas síntesis una macroproposición que represente el núcleo discursivo del texto de Benjamin Constant.

Microestructura 0 (síntesis).

— Oposición: libertad (deseada) vs. dependencia (rebelión).

Microestructura 1 (síntesis).

— Co-texto: Antes presencia ojo amigo.

— Oposición: felicidad/amor vs. presencia/control.

Microestructura 2 (síntesis).

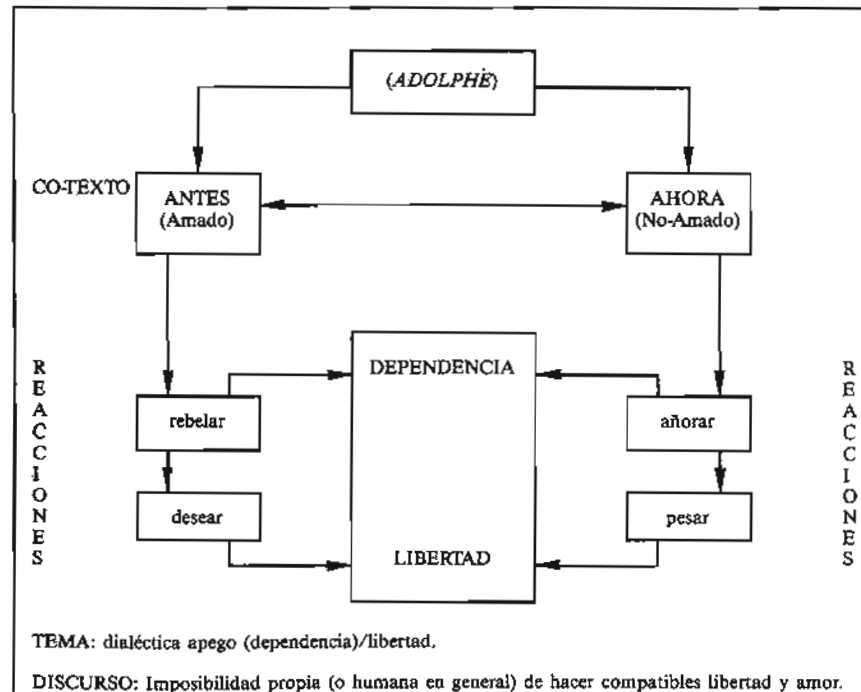
— Co-texto: Ahora ausencia voz amiga.

— Oposición: libertad/ausencia vs. amor/dependencia.

Desde el punto de vista estructural el texto presenta una coherencia basada en la oposición. Esta oposición se da a nivel trascendental entre libertad y dependencia. La libertad entendida como ausencia de control ajeno. La dependencia,

núcleo discursivo que se desarrolla a través de las páginas de *Adolphe*, la novela de Benjamin Constant, viene constituido, pues, fundamentalmente por esta incompatibilidad/oposición entre libertad y amor. Todo el texto no es más que una de las infinitas actualizaciones posibles de este discurso trascendental.

Pero los discursos no suelen expresarse en su formulación abstracta o trascendental, sino de una forma concreta, secuenciada, incrustada en la vivencia cotidiana. Uno de los principales ejes vertebradores de la experiencia humana es el tiempo. Y es la temporalidad, efectivamente, la categoría que determina en el texto de Benjamin Constant la división en dos microestructuras centrales, la que se refiere al pasado (*ANTES*) y al presente (*AHORA*). Estos dos tiempos están marcados igualmente por una oposición de emociones, sentimientos, acciones y reacciones. Antes *Adolphe* se sentía amado, pero se rebelaba contra la dependencia del amor y deseaba la libertad. Ahora que, al precio de no ser amado, ya no depende de nadie, añora aquella dependencia y le pesa esta libertad. En la Figura 7 intentamos representar gráficamente este conflicto que constituye el núcleo discursivo no sólo de este texto, sino de toda la novela (¿autobiográfica?) de Benjamin Constant.



Está claro, pues, que el tema de este texto es la «dialéctica apego (amor/dependencia) vs. libertad». Este tema se desarrolla a través de páginas y páginas de la novela. Expresado en forma textual, se podría resumir en la siguiente macroproposición:

«LIBERTAD Y AMOR SON (vividios) INCOMPATIBLES».

Hemos puesto «vividios» entre paréntesis y en minúsculas, porque precisamente ésta es la diferencia que separa una vivencia («No encuentro la forma de hacer compatibles amor y libertad») de una creencia («No hay forma de hacer compatibles amor y libertad»). La selección del texto de Benjamin Constant ha sido hecha deliberadamente en función de su brevedad y clara estructuración. Responde exactamente a lo que Castilla del Pino (1993) llama un Discurso bien formado (Dbf.): presenta introducción, meseta y final claramente delimitados. No todos los textos son tan transparentes, pero todos ellos pueden someterse a esta metodología de análisis (Villegas, 1992a). Nos gustaría sugerir al lector «probar» con un texto bastante más largo. Se trata de un fragmento de la obra de Camilo José Cela *Pabellón de reposo*, publicada por primera vez en 1944. La transcripción que hacemos del texto (Cuadro 6) presenta ya directamente, por razones de espacio, la división en microestructuras y la señalización de los elementos de redundancia y coherencia en el texto mediante superíndices, tipos de letra y otros recursos tipográficos.

El co-texto del relato nos habla de un joven enfermo de tuberculosis en fase terminal cuya madre murió aquejada de la misma dolencia cuando él era pequeño. A pesar de su orfandad y enfermedad, el protagonista confronta en el texto aquellos tiempos felices de la infancia con los actuales de una juventud mortalmente enferma, sin esperanzas de futuro. Esta oposición —que es el eje vertebrador o macroestructural del discurso— moviliza sus sentimientos, actitudes y deseos de perdurabilidad, contrapuestos a la voluntad divina, con la que no consigue conformarse. Ante la imposibilidad de que se vea cumplida su voluntad, pide a Dios la conformidad necesaria para alcanzar la vida eterna.

Atendiendo a criterios estrictamente formales, el texto puede segmentarse en seis microestructuras. La primera <1> es toda ella una exclamación, de carácter retórico, en la que se evocan con nostalgia unos TIEMPOS, que el narrador califica de FELICES porque en ellos tenía la esperanza de mantenerse en VIDA, aunque fuera de milagro.

La segunda <2> se contrapone a la primera <1>, por cuanto la VIDA ahora no se SOSTIENE, sino que se ACABA, y además no DEJARÁ RASTRO alguno, NADIE la recordará. Esta contraposición entre el momento presente <2> —introducido por el conector AHORA— y el pasado —marcado por los morfemas temporales de pretérito imperfecto de la microestructura <1>— se polariza alrededor de la experiencia del recuerdo, aunque llena de pena y amargura del pasado, frente a la constatación de las experiencias efímeras de la brisa o del AGUA de las LLUVIAS, que caen en el OLVIDO sin dejar RASTRO ni huella alguna.

CUADRO 6. APLICACIÓN DEL ANÁLISIS TEXTUAL A
PABELLÓN DE REPOSO DE CAMILO JOSÉ CELA

<p>microestructura <1></p> <p>¡Ah, TIEMPOS FELICES¹, en que la tristeza¹ era como un aliciente más para aquella VIDA que se SOSTENÍA como de milagro², pendiente SIEMPRE de un hilo².</p>
<p>microestructura <2></p> <p>AHORA</p> <p>OS <1> RECUERDO¹ con PENA² <1> y con amargor² <1>. MI VIDA <1>, que ACABA³ <1>, NO⁴ DEJARÁ⁵ RASTRO⁶ ALGUNO; SERÁ COMO <1> esa⁷ suave brisa³ que pasa³ a la caída de la tarde y que NADIE⁴ recuerda¹ después⁸, o como esa⁷ AGUA⁹ tibia de las LLUVIAS⁹ de agosto, que tanto NOS agradaⁿ y que TAN PRONTO⁸ echamos en el PROFUNDO POZO DEL OLVIDO¹. Ningún⁴ rastro⁶, ninguna⁴ huella⁶ dejará⁵.</p>
<p>microestructura <3></p> <p>ENTONCES <2></p> <p>y, SIN EMBARGO, (entonces¹), CUANDO¹ <1> era niño y soñador, cuando¹ hablaba² con la olorosa violeta³ y con la golondrina⁴, que pasaba, cuando¹ me⁵ sonreía² la hierática camelia³ y cantaba² para mí⁵ el jilguero⁴ del cerezo⁴ grande⁶, estaba convencido⁷ plenamente convencido⁷, de que el PROVERBIO grandes⁶ empresas me⁵ DEPARARÍA.</p>
<p>microestructura <4></p> <p>QUISIERA¹ —QUIZA² sea demasiado pedir³; quizá² DIOS CASTIGUE mi⁴ soberbia³—; quisiera¹, DIGO, HABER SIDO <2>, al menos, VERDE AGUA <2> de MAR⁵, que DEJA⁷ <2> su SEÑAL⁶ <2> en el acantilado, o ardiente corazón³, que dejara⁷ un VACÍO PROFUNDO⁶ AL MORIR⁸, o padre de un hijo⁵ que rezara por mí⁴ ALMA CUANDO <3> DESAPARECIERA⁸, UNA ESQUELA³ que SIEMPRE⁹ <1> PERDURARÍA, AL CABO DE LOS AÑOS⁹ <2> en las amarillas páginas que ya TODOS HABRÍAN OLVIDADO <2>.</p>
<p>microestructura <5></p> <p>PERO <3></p> <p>LA VOLUNTAD DIVINA¹ <4> no² HA SIDO³ ESA⁴ <4>; la voluntad divina¹ ha sido³ menos cariñosa conmigo³, QUIZA <4> YO³ no² me⁵ MEREZCA⁶ <4> otra casa⁴, y me⁵ ha DADO⁶ un DESTINO⁷ <3> EFÍMERO⁸ <2>, como el⁷ de esa NUBECILLA DE VAHO <2> que QUEDA <4> ante NOSOTROS <2> un instante⁸, mientras respiramos, allá por el invierno. <2></p>
<p>microestructura <6></p> <p>¡DIOS <5> mío¹, Dios mío¹! ¡DAD² <5> me³ esa⁴ CONFORMIDAD <4> que me³ FALTA <5>! ¡Haced² que MI³ ALMA <4> alcance esa⁴ VIDA <2> ETERNA⁵ <5> que habéis prometido⁶ a los buenos⁶! Yo³ <5> no² soy malo⁸, Dios mío¹; os⁹ lo⁸ ASEGURO <4>. Yo³ no⁷ he tenido TIEMPO <1> de ser malo⁸; yo³ confío en Vos⁹.</p>

enlaza temáticamente, a través del conector *ENTONCES*. Ambos conectores constituyen elementos de cohesión a nivel macroestructural. Con la microestructura <3> se plantea de nuevo la oposición entre el presente y el pasado, proyectado como futuro en el recuerdo. La nostalgia de ese pasado feliz en que la naturaleza —la violeta, la golondrina, la camelia o el jilguero del cerezo grande— le sonreía prometiéndole grandes empresas para el *PORVENIR*. El pasado encerraba porvenir, mientras que el presente sólo le anuncia muerte. La microestructura <4> está destinada a proyectar desiderativamente formas de perdurar —VERDE AGUA,

en este sentido, se opone a la microestructura <2>, donde constata la evidencia del olvido, a la vez que mantiene la isotopía semántica con la <3> que preanunciaba catafóricamente algunas de las grandes empresas que el futuro le depararía y que se explicitan en <4>, como tener un hijo o un amor que produce un gran vacío AL MORIR.

Pero a su vez, esta microestructura <4> está opositivamente ligada a la microestructura siguiente <5>. Efectivamente la microestructura <5> contrapone la VOLUNTAD DIVINA a la propia de la microestructura <4>. Esta conexión opositiva está claramente marcada por el conector *PERO* con que se introduce y por las abundantes negaciones que la atraviesan. Las modalidades verbales de pretérito imperfecto de subjuntivo de la microestructura <4> —QUISIERA— y pretérito perfecto de la microestructura <5> —NO HA SIDO— son otro elemento de cohesión opositiva entre ambas. También se contraponen el DESTINO EFÍMERO que DIOS le ha DADO y el PORVENIR de grandes empresas con que soñaba de pequeño <3>. Una invocación —DIOS mío, Dios, mío— lexicalmente unida a la microestructura <5> por la referencia a la voluntad divina, introduce la microestructura <6>. Esta invocación directa cambia el estilo ilocutivo, por el perlocutivo, por lo que se ve que el destinatario del discurso era, desde un principio, y al estilo de las *Confesiones* de San Agustín, el propio Dios, a pesar de que inicialmente pareciera dirigirse a una imaginaria representación o personificación del tiempo pasado, que actuaba de pretexto para hablar de sí mismo. La verdadera dialéctica del discurso se establece pues entre autor y destinatario, el cual es introducido bruscamente en el discurso. Esta dialéctica gira en torno al tema de la INCONFORMIDAD entre voluntad humana y divina. Dada la imposibilidad de cambiar esta última el autor «suplica» —pide, ya que nadie rezará por su ALMA <4>— a Dios la CONFORMIDAD, que no tiene, y para su ALMA la VIDA ETERNA QUE NO SE MERECE <5> y que se contrapone a la VIDA EFÍMERA <5>, que se ACABA <2>, todo en base a que Dios la ha PROMETIDO a los buenos y a que asegura él no haber sido malo, dado que no ha tenido TIEMPO <6> para serlo. Esta conciencia de fugacidad temporal —TIEMPOS FELICES— <1> permea todo el discurso con expresiones metafóricas referidas a la brisa, el agua de la lluvia <2> o a la nubecilla de vaho de la respiración en invierno <5>, que a su vez sirven para subrayar el carácter efímero de la existencia y su RECUERDO que caerá en el PROFUNDO POZO DEL OLVIDO <2> y <4>.

Trátase de un discurso, pues, en el que la *redundancia* habla de lo efímero de la existencia y la imposibilidad de hacerla perdurar en el recuerdo, ni que sea temporalmente, y la *coherencia*, de la oposición entre la voluntad divina y humana al respecto. La interconexión entre microestructuras es muy fuerte y se obtiene tanto por medio del uso de conectores como de cohesión lexical. Una representación gráfica de la estructura profunda a nivel macroestructural podría aproximarse a este esquema (Figura 8).

La macroestructura del texto presenta una clara dinámica opositiva entre la voluntad propia, que desea perdurar y ser recordado y la divina que se manifiesta a través de un destino abocado al olvido más absoluto y total (oposición

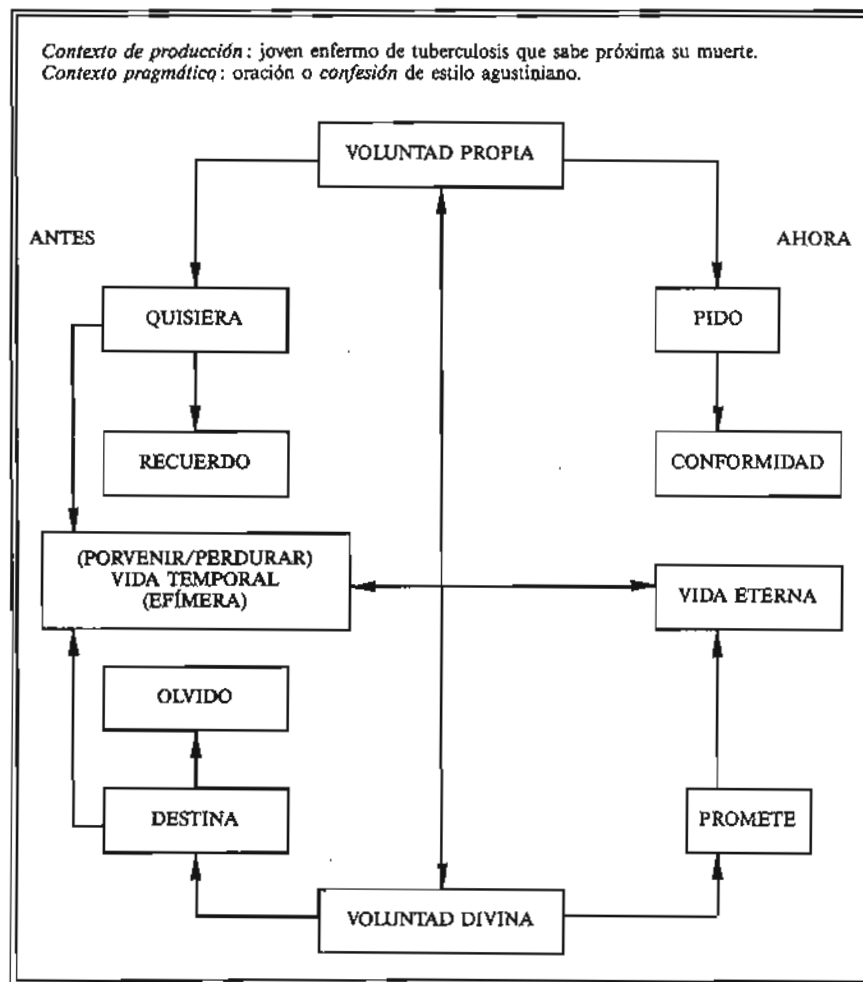


Figura 8. Representación gráfica de la macroestructura del texto de Camilo José Cela *Pabellón de Reposo*.

horizontal) como a la división del tiempo (antes vs. ahora), donde curiosamente el tiempo pasado incluía el futuro, mientras que el presente carece de proyección futura. Está claro que la vida eterna no es construida en absoluto (carece de connotaciones, imágenes, referencias, etc.). En términos de la Psicología de los Constructos Personales de Kelly (1955) podríamos decir que se trata de un constructo

tuye, pues, esta última una alternativa ni un objeto deseable; el sujeto no mira en ningún momento lo que va a ganar (la vida eterna), sino sólo lo que va a perder o ya considera perdido. Por si acaso se justifica ante Dios diciendo que no ha sido malo, porque no ha tenido TIEMPO, que es lo que él pedía y Dios no le ha dado, para hacer grandes cosas y dejar profunda huella en la memoria de la humanidad. Ésta es una forma de pedirle más tiempo a Dios, si es preciso a cambio de la CONFORMIDAD, como indica la última microestructura, donde el sujeto apunta indirectamente el deseo de continuar viviendo. En síntesis podríamos decir que la **macroestructura** se configura en base a «la oposición entre la voluntad divina y la propia respecto al destino existencial». La **macroproposición** lo expresa en forma de «nostalgia por un pasado *milagrosamente* lleno de vida y prometedor frente a un presente efímero y escurridizo, abocado al olvido más absoluto, (contra el que se rebela)». El destinatario directo de este discurso es Dios, al que el autor se dirige perlocutivamente para quejarse —en realidad pide una conformidad que no tiene— y conseguir —por si acaso— su misericordia (evitar el castigo por la soberbia); de ahí el cambio brusco de persona gramatical que se produce en la microestructura <6>.

Comentarios finales

Aunque las aplicaciones desarrolladas en este artículo se han circunscrito, por razones obvias de espacio y tiempo, a textos breves de carácter literario, el método resulta igualmente aplicable a textos más largos como, historias de vida (Corradi, 1991), autobiografías, epistolarios, memorias, autocaracterizaciones (Villegas, Feixas, López, 1987, Feixas y Villegas, 1991) novelas, guiones cinematográficos, obras de teatro, conversaciones ordinarias, entrevistas terapéuticas (Villegas, 1993), etc. Recientemente hemos aplicado este método de análisis textual a textos autodescriptivos de considerable longitud obtenidos, como parte de una investigación al respecto, de pacientes anoréxicas (Villegas, 1988, 1992b). La propuesta metodológica es la de proceder a la división del texto en diversas macroestructuras, que en los textos planificados suele corresponder a la división en capítulos, secuencias, etc. En función de la extensión de estas macroestructuras es posible distinguir sub-macroestructuras de menor tamaño, agrupándolas temáticamente, por eventos o por otros indicadores narrativos o argumentativos. La cuestión es llegar a unidades de extensión manejable, que permitan trabajar con las microestructuras y proceder al análisis de redundancia y coherencia entre ellas. Posteriormente el trabajo debe realizarse a la inversa, a través de la reducción a *macroproposiciones* que pueden considerarse como microestructuras de una meta-macroestructura global. Este procedimiento permite llegar a la *síntesis discursiva* de un texto, en base a una metodología derivada de la lingüística textual, el *análisis textual*, que no contradice, sino sistematiza, el proceso de comprensión intuitiva de los lectores *competentes*. La derivación de la *síntesis discursiva* del

pese» es interesante, pero ambigua. No se basa en un criterio estrictamente textual, sino de reducción semántica a partir de la *interpretación* del lector y ésta puede ser tan esquemática, que no diga nada, como el resumen de Woody Allen respecto a *Crimen y Castigo*: «va de Rusia». En este sentido, tampoco los títulos de los libros o de los capítulos son a veces buenas síntesis discursivas, hechas por los propios autores; baste pensar en el título del cuento de Hemingway al que nos hemos referido *Cat in the rain*, que no dice nada respecto del auténtico argumento del relato, o en muchos de los títulos que encabezan los capítulos de *Don Quijote de la Mancha*, donde Cervantes aporta información tan interesante como indicar «que trata de cosas tocantes a esta historia y no a otra alguna» (Cap. LIV) o bien «que sigue al sesenta y nueve...» (Cap. LXX).

Voluntariamente nos hemos limitado, también, en este artículo y, por razones propedéuticas, al análisis de textos escritos, fundamentalmente monólogos. El análisis de los diálogos puede someterse al mismo procedimiento de análisis textual, pero conlleva algunas características diferenciales. En efecto, al margen de los aspectos propiamente conversacionales que afectan a los intercambios comunicativos como tales —por el ejemplo los *turnos de palabra*—, la producción de un diálogo sigue un proceso de planificación que es co-construido a través de negociaciones más o menos cooperativas; de ahí que la reconstrucción de la matriz discursiva sea más compleja y problemática y que la coherencia global esté fácilmente expuesta a la deriva. A pesar de ello es posible identificar los procedimientos para su determinación. Así, por ejemplo, los etnometodólogos (Schegloff, 1972; Schegloff y Sacks, 1973; Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974) han desarrollado el concepto de *pares adyacentes*, para dar cuenta de la coherencia local entre intervenciones subsiguientes. Otros, como Edmonson, (1981) y Wells y otros (1981) prefieren utilizar la noción de *intercambio comunicativo*, que representan dos tipos de movimientos: uno de inicio, prospectivo, y otro de respuesta, retrospectivo en una clara búsqueda de *satisfacción perlocutiva*. Este tipo de intercambios, sin embargo, no garantiza la continuidad semántica de los textos dialógicos, que está ligada fundamentalmente a la *progresión temática* (Halliday, 1967), dependiente tanto de la cohesión lexical como de la conexión entre *proposiciones* (Hobbs, 1983). Desde la perspectiva de la *coherencia global* de los diálogos parece especialmente útil la noción de *tópico*, entendido como conjunto de unidades semánticas abstractas que se desarrollan a través de una serie de *espacios de contexto*, cada uno de los cuales agrupa aquellas emisiones o turnos de habla que tratan sobre el mismo objeto o evento (para un exposición más detallada véase Belinchón, 1992). No todas las conversaciones siguen tampoco el mismo esquema de *intercambio comunicativo*. Las entrevistas, por ejemplo, pueden tener finalidades muy diversas y constituir, en virtud de ellas, modalidades diferenciadas en base a las constricciones cooperativas impuestas por la tarea. Así, la entrevista terapéutica (Villegas, 1993), debería concebirse como un estímulo al desarrollo del discurso del paciente, el *demandatario*, mientras que la entrevista de selección se rige por los intereses del entrevistador, que en este caso actúa de *comanditario*. La probabilidad de que en los intercambios microsocionalmente asi-

Somos conscientes, finalmente, de que el campo de las disciplinas del discurso es muy amplio y confuso (Brown y Yule, 1983). En él se entrecruzan los intereses de la lingüística, la semiótica, la crítica literaria, la psicolingüística, la sociolingüística, la psicología —cognitiva, social, clínica—, la sociología, la microsociología, la antropología, etc. (Van Dijk, 1990). Se dan cita igualmente en él distintas tradiciones conceptuales y metodológicas: el estructuralismo, el funcionalismo, el generativismo, la lingüística textual, el análisis etnográfico de la conversación, etc. Tal proliferación de perspectivas exige, por tanto, un posicionamiento claro a nivel conceptual y metodológico. Este posicionamiento se ha hecho en este artículo del lado de la *lingüística textual* (Van Dijk, Petöfi), en base, fundamentalmente, a los conceptos de macroestructura y coherencia, constitutivos de la *textualidad*. Ésta se entiende en el marco de la *semiótica*, que actúa de modelo teórico, capaz de explicar la producción y recepción de los discursos como un proceso de cooperación, en el que la transformación de la actividad discursiva del autor no se materializa en el texto sin la interacción comunicativa —real o trascendental— (Habermas, 1981) con el destinatario, que actúa, a su vez, de intérprete o hermeneuta. La *hermenéutica* debería aportar todavía al *análisis del discurso* una perspectiva ontológica e histórico-cultural que trascienda claramente los límites de la lingüística. Esta perspectiva hace referencia a un contexto o, en realidad, a un *meta-contexto* en el que se producen los discursos humanos y, en el que, tal vez, como quiere Heidegger, se manifiesta el Ser (*Da-Sein*). Pero este tipo de análisis meta-con-textual escapa, por el momento, a los objetivos de nuestro trabajo. Nuestras pretensiones han sido hasta aquí mucho más modestas, limitadas a las fronteras del texto, y motivadas, particularmente, por las aplicaciones clínicas de la *analítica textual* (Villegas, 1992a). Sólo esperamos que los desarrollos metodológicos que este trabajo pueda producir vayan más allá del ámbito de cualquier aplicación específica y puedan servir de instrumento a múltiples perspectivas.

REFERENCIAS

- Allen, D. & Guy, R. (1990). *Conversation analysis. The sociology of talk*. The Hague: Mouton.
- Allport, G.W. (1942). *The use of personal documents in psychological science*. New York: Social Science Research Council, Bulletin, 49.
- Allport, G.W. (1965). *Letters from Jenny*. London: Harcourt Brace Jovanovich.
- Austin, J.L. (1962). *How to do things with words*. Oxford: The Clarendon Press.
- Barthes, R. (1966). Introduction à l'analyse structurale des récits. *Communications*, 8. Paris: Du Seuil.
- Behar, J. (1991). Observación y análisis de la producción verbal de la conducta. En M. T. Anguera, *Metodología observacional en la investigación psicológica*. Barcelona: PPU.
- Behar, J. & Villegas, M. (1990). *Analyse de la construction de l'identité au moyen des documents personnels. Colloque éducation familiale, image de soi et reconnaissance sociale*. Toulouse.
- Belinchón, M. (1991). Comunicación y lenguaje en la esquizofrenia. En C. Castilla del Pino y Ruiz Vargas (Eds.), *Aspectos cognitivos de la esquizofrenia*. Madrid: Trotta.
- Belinchón, M. (1992). La producción del discurso y de la conversación. En M. Belinchón, A. Rivière y J.M. Igoa, *Psicología del lenguaje: investigación y teoría*. Madrid: Trotta.
- Belinchón, M., Rivière, A. & Igoa, J.M. (1990). *Psicología del lenguaje: investigación y teoría*. Madrid: Trotta.

- Bernárdez, E. (1982). *Introducción a la lingüística del texto*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Brouckart, J.P. (1992). El discurso como acción. Por un nuevo paradigma psicolingüístico. *Anuario de Psicología*, 54, 3-48.
- Brown, G. & Yule, G. (1983). *Discourse analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Casares, J. (1985). *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Castilla del Pino, C. (1988). Tipología de los discursos y su utilización en psico(pato)logía. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 25, 181-194.
- Castilla del Pino, C. (1993). Análisis del lenguaje: modelo hermenéutico. Texto no publicado.
- Clark & Haviland, (1977). Comprehension and the given-new contract. In R.O. Freedle (Ed.), *Discourse production and comprehension*. Norwood, N.J.: Ablex.
- Constant, B. (1985). *Adolphe*. Madrid: Cátedra.
- Conte, M.E. (1989). *La lingüística testuale*. Milano: Feltrinelli.
- Corradi, C. (1991). Text, context and individual meaning: rethinking life stories in a hermeneutic framework. *Discourse & Society*, 1, 105-118.
- Coseriu, E. (1955). Determinación y entorno. Dos problemas de una lingüística del hablar. *Romanische Jahrbuch*, 7, 29-54.
- Culler, J. (1982). *On deconstruction*. Ithaca: Cornell University Press.
- Chaika, E. (1990). *Understanding psychotic speech: Beyond Freud and Chomsky*. Springfield, IL.: Charles Thomas.
- Charolles, M., Fisher, S. & Jayez, J. (1990). *Le Discours. Représentations et interprétations*. Nancy: Presses Universitaires de Nancy.
- De Beaugrande, R. (1979). The pragmatics of discourse planing. *Journal of pragmatics*, 3/6.
- De Beaugrande, R. (1980). *Text, discourse and process. Toward a multidisciplinary science of texts*. Norwood, N.J.: Ablex.
- Derrida, J. (1967). *De la grammatologie*. Paris: Minuit.
- Derrida, J. (1977). Limited Inc., *Glyph*, 2.
- Dressler, W.U., Schmidt, S.J. & Stegried, J. (1973). *Textlinguistik. Kommentierte Bibliographie*. München: Fink.
- Eco, U. (1962). *Opera aperta*. Forma e indeterminazione nelle poetiche contemporanee. Milano: Bompiani.
- Eco, U. (1968). *La struttura assente*. Milano: Bompiani.
- Eco, U. (1984). *Semiótica e filosofia del linguaggio*. Torino: Einaudi.
- Eco, U. (1990). *I limiti dell'interpretazione*. Milano: Bompiani.
- Edmonson, W. (1981). *Spoken Discourse: A model for analysis*. London: Longman.
- Fairclough, N. (1992). Discourse and text: linguistic and intertextual analysis within discourse analysis. *Discourse & Society*, 2, 193-217.
- Feixas, G. & Villegas, M. (1991). Personal construct analysis of autobiographical texts: a method presentation and case illustration. *International Journal of Personal Construct Psychology*, 4, 51-83.
- Fillmore, C. (1981). *Ideal readers and real readers*. (mimeo). Traducción italiana. Lettori ideali e lettori reali. Parma: Zara.
- Franci, G. (1989). *L'ansia dell'interpretazione*. Modena: Mucchi.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in ethnomethodology*. New Jersey.
- Gergen, K. (1982). *Toward transformation in social knowledge*. New York: Springer.
- Goffman, E. (1967). *Interaction Ritual. Essays on Face-to-face Behavior*. Garden City, NY: Doubleday.
- Greimas, A.J. (1966). *Sémantique structurale: Recherches de méthode*. Paris: Larousse.
- Grice, H.P. (1975). Logic and conversation. En Cole & Morgan (Eds.). *Syntax and Semantics: Speech acts*. New York: Academic Press.
- Gritti, J. (1991). *Umberto Eco*. Editions Universitaires.
- Gulich, E. (1990). Pour une ethnomethodologie linguistique. Description de séquences conversationnelles explicatives. En M. Charolles, S. Fisher & J. Jayez, *Le Discours. Représentations et interprétations*. Nancy: Presses Universitaires de Nancy.
- Habermas, J. (1987). *Théorie de l'agir communicationnel*. Paris: Fayard.
- Halliday, M.A.K. (1967). Notes on transitivity and theme in English. *Journal of Linguistics*, 3, 199-244.
- Halliday, M.A.K. (1978). *Language as social semiotic. The social interpretation of language and meaning*. London: Arnold.
- Halliday, M.A.K. & Hassan, R. (1976). *Cohesion in English*. London: Longman.
- Halliday, M.A.K. & Hassan, R. (1980). *Text and context*. Tokyo: Sophia University.
- Harweg, R. (1968). Textologische Analyse einer Zeitungsnachricht. *Replik*, 2, 8-12.
- Harweg, R. (1968). *Pronomina und Textkonstitution*. München: Fink.

- Hirsch, E.D. (1967). *Validity in interpretation*. New Haven: Yale UP.
- Hobbs, J.R. (1983). Why is discourse coherent? In F. Neubauer (Ed.), *Coherence in natural language texts*. Hamburg: Helmut Buske Verlag.
- Holsti, D.R. (1969). *Content analysis for the social sciences and humanities*. Addison: Wesley.
- Holub, R.C. (1984). *Reception theory*. London: Methuen.
- Igoa, J.M. (1992). Procesos psicológicos en el uso del lenguaje. En M. Belinchón, A. Rivière y J.M. Igoa, *Psicología del lenguaje: investigación y teoría*. Madrid: Trotta.
- Ingarden, R. (1965). *Das literarische Kunstwerk*. Tübingen: Niemayer.
- Isenberg, H. (1970). Der Begriff Text in der Sprachtheorie. Deutsche Akademie der Wissenschaften, Berlin. *Arbeitselle Strukturelle Grammatik. ASG-Bericht*, 8, 1-21.
- Iser, W. (1972). *Der implizite Leser*. München: Fink.
- Jakobson, R. & Levi-Strauss, C. (1962). Les chats de Charles Beaudelaire. *L'homme*, II, 5-21.
- Jauss, H.R. (1969). Paradigmawechsel in der Literaturwissenschaft. *Linguistische Berichte*, 3.
- Jauss, H.R. (1988). La teoria de la ricezione. Identificazione retrospettiva dei suoi antecedenti. *Carte Semiotiche*, 4-5.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1989). L'approche interactionnelle en linguistique. In Association des Sciences du Langage, *L'Interaction*, 7-25. Paris: Association des Sciences du Langage.
- Kintsch, W. & van Dijk, T.A. (1978). Towards a model of text comprehension and production. *Psychological Review*, 85, 363-394.
- Krippendorff, K. (1980). *Content analysis. An introduction to its methodology*. London: SAGE.
- Kristeva, J. (1970). *Le texte du roman*. La Haye: Mouton.
- Laguna, E. (1993). *El discurs de la malaltia mental*. Barcelona: Empúries.
- Labov, W. & Fansell, D. (1973). *Therapeutic discourse: Psychotherapy as conversation*. New York: Academic Press.
- Lang, E. (1972). Quand une grammaire de texte est-elle plus adéquate qu'une grammaire de la phrase? *Langages*, 26, 75-80.
- Lang, E. (1989). Di alcune difficoltà nel postulare una «grammatica del testo». In M. E. Conte, *La linguistica testuale*. Milano: Feltrinelli.
- Levelt, W.J.M. (1989). *Speaking: From intention to articulation*. London: Bradford Books.
- Lotman, J. (1972). *Struttura del testo poetico*. Milano: Mursia.
- Lozano, J., Peña-Marín, C. & Abril, G. (1986). *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*. Madrid: Cátedra.
- Martin, R. (1987). *Langage et croyance*. Paris: Pierre Mardaga.
- Martín-Serrano, M. (1991). El lugar de la teoría de la comunicación en las ciencias del comportamiento. En M. Martín Serrano y M. Siguan (Eds.), *Comunicación y Lenguaje* (p. 239-265). Madrid: Alhambra Universidad.
- Mayor, J. (1991). La actividad lingüística entre la comunicación y la cognición. En M. Martín Serrano y M. Siguan, *Comunicación y Lenguaje* (pp. 3-235). Madrid: Alhambra Universidad.
- Moermann, M. (1988). Life after C.A. An ethnographer's autobiography. In G. Watson & R. M. Seiler, (1992). *Text in context. Contributions to ethnomethodology*. London: Sage.
- Moeschler, J. (1990). Théorie des actes de langage et analyse de conversation. In M. Charolles, S. Fisher & J. Jayez, *Le Discours. Représentations et interprétations*. Nancy: Presses Universitaires de Nancy.
- Morris, C. (1938). *Foundations of a theory of signs*. Chicago: Chicago University Press.
- Moya, J. (1990). Análisis formal del discurso esquizofrénico: problemas metodológicos. *Anuario de Psicología*, 47, 117-144.
- Nofsinger, R.E. (1991). *Everyday conversation*. London: SAGE.
- Obiols, J. (1969). *El caso Julia. Un estudio fenomenológico del delirio*. Barcelona: Aura.
- Obiols, J. (1991). *Sintagma i paradigma en l'esquizofàsia. Un estudi psicopatolingüístic*. Tesis Doctoral no publicada. Universidad de Barcelona.
- Petofi, J. S. (1988). *Text and Discourse constitution*. Berlin: de Gruyter.
- Piaget, J. (1926). *The language and thought of the child*. New York: Harcourt Brace.
- Propp, V. (1928). *Morfologija shazki*. Leningrad: Akademia.
- Ricoeur, P. (1986). *Du texte a l'action, essais d'herméneutique II*. Paris: Seuil.
- Rivière, A. (1992). La comprensión del discurso. En M. Belinchón, A. Rivière y J.M. Igoa, *Psicología del lenguaje: investigación y teoría*. Madrid: Trotta.
- Rochester, S.R. & Martín, J.R. (1979). *Crazy talk. A study of the Discourse of Schizophrenic Speakers*. New York: Plenum.

- Schegloff, E.A. & Sacks, H. (1973). Opening up closings. *Semiotica*, 8, 289-327.
- Sacks, H., Schegloff, E. & Jefferson, G. (1974). A simplest systematics for the organization of turn taking for conversation. *Language*, 50, 696-735.
- Schmidt, S.J. (1973). Texttheorie und Pragmatik. *Linguistik und Sprachstudium*, 3, 1-5.
- Siguan, M. (1985). La expresión literaria en el lenguaje interior. *Anuario de Psicología*, 33, 117-128.
- Sperber, D. & Wilson, D. (1986). *Relevance, communication and cognition*. Oxford: Basil Blackwell.
- Sperber, D. & Wilson, D. (1987). Précis of «Relevance». *The Behavioral and Brain Sciences*, 10, 697-754.
- Stubbs, M. (1987). *Análisis del discurso*. Madrid: Alianza.
- Sullivan, H.S. (1953). *The interpersonal theory of psychiatry*. New York: Norton.
- Thomas, W.I & Zanniecki, F. (1918-1920). *The polish peasant in Europe and America*. Boston: Richar G. Badger.
- Torras, M.R. (1992). Assoliment d'objectius didàctics en l'ensenyament de la llengua anglesa al final de l'EGB. Anàlisi de la interllengua dels escolars. Tesis Doctoral no publicada. Universitat de Barcelona.
- Van Dijk, T.A. (1977). *Text and Context*. London: Longman.
- Van Dijk, T.A. (1984). *Prejudice in Discourse*. Amsterdam: Bejamins.
- Van Dijk, T.A. (1988). *News as Discourse*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Van Dijk, T.A. (1990). Discourse & Society: a new journal for a new research focus. *Discourse & Society*, 1, 5-16.
- Van Dijk, T.A. (1993). Principles of critical discourse analysis. *Discourse & Society*, 249-283.
- Van Dijk, T.A. & Kintsch, W. (1983). *Strategies of Discourse Comprehension*. New York: Academic Press.
- Villegas, M. (1985, Juny). Aproximacions de la psicolingüística al llenguatge de l'esquizofrènia. Primer Congrés Internacional de Psicolingüística Aplicada. Barcelona.
- Villegas, M. (1988). Ellen West: anàlisi de una existència frustrada. *Revista de Psiquiatria y Psicología Humanista*, 25, 71-94.
- Villegas, M. (1991). Phenomenological hermeneutics of the therapeutic discourse. In: A. T. Tymieniecka (Ed.), *Analecta Husserliana*, 25, 225-254.
- Villegas, M. (1992a). Anàlisi del discurs terapèutic. *Revista de Psicoterapia*, 10/11, 23-66.
- Villegas, M. (1992b). *Anorexia as a form of coping with identity crisis in adolescence*. II European Workshop on Adolescence. Bologna: abril 29-mayo 2.
- Villegas, M. (1993). La entrevista evolutiva. *Revista de Psicoterapia*, 14/15, 39-87.
- Villegas, M. & Bebar, J. (1992). *The study of the adolescence identity using personal documents. An application of Alceste program*. V European Conference on Developmental Psychology. Sevilla, septiembre.
- Villegas, M., Feixas, G. & López, N. (1987). Phenomenological analysis of autobiographical texts: A desing based on personal construct psychology. *Phenomenological Inquiry*, 10, 43-59.
- Vygotsky, L.S. (1932). El problema del lenguaje y el pensamiento del niño en las enseñanzas de Piaget. En *El lenguaje y el pensamiento del niño*. Moscou: Uchpedgiz.
- Vygotsky, L.S. (1934). *Thought and language*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Watchterhausser, B.R. (1986). *Hermeneutics and Modern Philosophy*. New York: SUNY.
- Watson, G. & Seiler, R.M. (1992). *Text in context. Contributions to ethnomethodology*. London: Sage.
- Weinrich, H. et al. (1967). Linguistik ist Textlinguistik. In *Syntax als Dialektik (Bochumer Diskussion)*, *Poetica*, 1, 109-126.
- Weinrich, H. (1976). *Sprache in Texten*. Stuttgart: E. Klett.
- Watzlawick, P., Beavin, J & Jackson, D. (1967). *Pragmatics of human communication*. New York: Norton.
- Werth, P. (1981). *Conversation in discourse: Structure and interpretation*. New York: St. Martin.
- Wrobel, J. (1990). *Language and schizophrenia*. Amsterdam, PFI.: John Benjamin Publishing Company.